

La vorágine: centenario
de un clásico latinoamericano



Vorágine Materia Prima. Felipe Arturo (2009). Ediciones informales de *La vorágine* entretejidas y ganchos de pelo. Dimensiones variables. Instalación en la exposición *La vorágine* en la Biblioteca Nacional de Colombia.

Fuente: archivo de Felipe Arturo.

La vorágine: centenario
de un clásico latinoamericano
Textos críticos (1988-2024)

Jennifer L. French y Felipe Martínez Pinzón
(edición académica)

Universidad de los Andes
Universidad del Rosario
Universidad EAFIT
Escuela Superior de Administración Pública

Nombre: Martínez Pinzón, Felipe Ignacio, edición académica. | French, Jennifer, edición académica.
Título: La vorágine: centenario de un clásico latinoamericano: textos críticos (1988-2024) / Jennifer L. French y Felipe Martínez Pinzón (edición académica)

Descripción: Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes; Universidad del Rosario: Escuela Superior de Administración Pública; Medellín: Universidad EAFIT, 2024. | XLVIII, 446 páginas: ilustraciones; 17 × 24 cm.
Identificadores: ISBN 978-958-798-659-4 (rústica) | 978-958-798-660-0 (e-book) | 978-958-798-661-7 (epub)

Materias: Rivera, José Eustasio, 1889-1928. Vorágine – Crítica e interpretación

Clasificación: CDD 863.4–dc23

SBUA

Primera edición: abril del 2024

© Jennifer L. French y Felipe Martínez Pinzón,
edición académica y compilación

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes
y Humanidades, Departamento de Humanidades
y Literatura

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

© Universidad del Rosario
Editorial Universidad del Rosario
Calle 12C n.º 8-50, piso 8
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 297 0200, ext. 3113
<https://editorial.urosario.edu.co/>

© Universidad EAFIT
Carrera 49 n.º 7 sur-50
Medellín, Colombia
Teléfono: 604 261 9500, ext. 9801
<http://editorial.eafit.edu.co>

© Escuela Superior de Administración Pública,
Subdirección Nacional de Servicios Académicos,
Grupo de Publicaciones
Editorial ESAP
Calle 44 n.º 53-37, CAN
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono (Bogotá): 601 7956110
Línea nacional gratuita PBX: 018000 423713
<https://libros.esap.edu.co/>
grupo.publicaciones@esap.edu.co

ISBN: 978-958-798-659-4
ISBN e-book: 978-958-798-660-0
ISBN epub: 978-958-798-661-7
DOI: <http://doi.org/10.51573/Andes.9789587986594.789587986600.978958796617>

Corrección de estilo: Marcela Garzón Gualteros
Diagramación: Precolombi EU, David Reyes
Diagramación de cubierta: Neftalí Vanegas
Imagen de cubierta: Montaje realizado por Neftalí
Vanegas con base en las fotografías “Venas abstractas
de hoja verde fresca” de Kelly (<https://bit.ly/4abnABx>)
y “Lluvia en un bosque” de Darius Krause (<https://bit.ly/3v3tkhL>), en Pexels.

Impresión:
La Imprenta Editores S. A.
Calle 77 n.º 27A-39
Teléfono: 601 240 2019
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto número 759 del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 2158 del 13 de febrero del 2018, Mineducación.

Escuela Superior de Administración Pública | Vigilada Mineducación. Establecimiento público descentralizado del orden nacional, adscrito al Departamento Administrativo de la Función Pública, creado mediante la Ley 19 del 18 de diciembre de 1958, expedida por el Congreso de la República.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

| | |
|--|------|
| AGRADECIMIENTOS | XV |
| PRÓLOGO. <i>LA VORÁGINE</i> CIENTO AÑOS DESPUÉS..... | XVII |
| <i>Felipe Martínez Pinzón y Jennifer L. French</i> | |

PRIMERA PARTE CIENTO AÑOS DE *LA VORÁGINE*

| | |
|--|----|
| 1 LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE <i>LA VORÁGINE</i> | 3 |
| <i>Vicente Pérez Silva</i> | |
| 2 SELVA Y SALVAJISMO | 19 |
| <i>Michael Taussig</i> | |
| 3 <i>POIESIS</i> , NATURALEZA Y VANGUARDIA: <i>TIERRA DE PROMISIÓN</i> Y <i>LA VORÁGINE</i> | 41 |
| <i>Carlos J. Alonso</i> | |
| 4 LA LOBA INSACIABLE DE <i>LA VORÁGINE</i> | 51 |
| <i>Montserrat Ordóñez</i> | |
| 5 EL DISCURSO HETERÓLOGO EN <i>LA VORÁGINE</i> | 61 |
| <i>Elzbieta Sklodowska</i> | |

| | | |
|----|--|-----|
| 6 | MITO E HISTORIA: “GRANDES” Y “PEQUEÑOS” RELATOS..... | 79 |
| | <i>Françoise Pérus</i> | |
| 7 | LA VORÁGINE: LA DIALÉCTICA DE LA NATURALEZA..... | 89 |
| | <i>Jennifer L. French</i> | |
| 8 | UN VIAJE A LO “REAL” DE LA EXPORTACIÓN..... | 103 |
| | <i>Ericka Beckman</i> | |
| 9 | LOCURA TROPICAL E INNOVACIÓN LITERARIA EN LA VORÁGINE..... | 137 |
| | <i>Charlotte Rogers</i> | |
| 10 | LA VOZ DE LOS ÁRBOLES: FIEBRE, HIGIENE Y POESÍA EN LA VORÁGINE | 149 |
| | <i>Felipe Martínez Pinzón</i> | |
| 11 | EN LA PRISIÓN VERDE | 171 |
| | <i>Roberto Pineda Camacho</i> | |
| 12 | LA VORÁGINE COMO DESMONTE DE LA “MATERIA PRIMA” | 185 |
| | <i>Héctor Hoyos</i> | |
| 13 | ANTROPOMORFISMO, FITOMORFISMO Y LA CONCIENCIA ECOLÓGICA EN LA VORÁGINE | 201 |
| | <i>Lesley Wylie</i> | |
| 14 | LA VORÁGINE Y LA LÍNEA FRONTERIZA: RIVERA Y LA COMISIÓN DE LÍMITES ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA | 215 |
| | <i>Amanda M. Smith</i> | |

SEGUNDA PARTE
LA VORÁGINE A CIENT AÑOS

| | | |
|----|--|-----|
| 15 | CONTRAHISTORIA Y CONTRAFETICHISMO: PARA LEER LA VORÁGINE EN EL SIGLO XXI..... | 235 |
| | <i>Erna von der Walde</i> | |
| 16 | LA VORÁGINE DESDE EL GÉNERO (O DE CÓMO EL FEMINISMO HA EXPLORADO LAS GRIETAS DEL MANUSCRITO DE ARTURO COVA) | 251 |
| | <i>María Helena Rueda</i> | |

| | | |
|----|---|-----|
| 17 | ENTRE LA INMERSIÓN SELVÁTICA Y LA MEDIACIÓN REFLEXIVA: ACERCAMIENTOS A LA AMAZONÍA EN <i>LA VORÁGINE</i> Y EN EL CINE CONTEMPORÁNEO | 265 |
| | <i>Gustavo Furtado</i> | |
| 18 | “AQUÍ MÁS O MENOS TERMINA EL CANTO, MI DULCE AMADO” | 283 |
| | <i>Camilo Andrés Páez Jaramillo</i> | |
| 19 | <i>LA VORÁGINE</i> : UNA LECTURA CARTOGRÁFICA..... | 303 |
| | <i>Margarita Serje</i> | |
| 20 | REMOLINOS Y TRÁNSITOS EN LAS FRONTERAS: EL IMAGINARIO FLUVIAL EN <i>LA VORÁGINE</i> | 329 |
| | <i>Javier Uriarte</i> | |
| 21 | LA RECEPCIÓN CRÍTICA DE LA OBRA DE JOSÉ EUSTASIO RIVERA EN BRASIL | 353 |
| | <i>Leopoldo M. Bernucci</i> | |
| 22 | RIVERA Y GALLEGOS: LAS FRONTERAS DE LA SELVA..... | 371 |
| | <i>Álvaro Contreras</i> | |
| 23 | <i>LA VORÁGINE</i> EN EL PERÚ: UN APRENDIZAJE DESDE SOSTENIBILIDADES FRACASADAS Y ACTIVISMOS FALLIDOS | 381 |
| | <i>Jorge Marcone</i> | |
| 24 | BIBLIOTECAS DE JOSÉ EUSTASIO RIVERA: BOGOTÁ-NUEVA YORK-BOGOTÁ..... | 399 |
| | <i>Carmen Millán de Benavides</i> | |
| | ADENDA. SINOPSIS DE <i>LA VORÁGINE</i> PARA NUEVOS LECTORES EN LA SELVA RIVERIANA | 419 |
| | GLOSARIO DE <i>LA VORÁGINE</i> | 429 |
| | SOBRE LOS AUTORES..... | 439 |

LISTA DE RECURSOS GRÁFICOS

8. UN VIAJE A LO “REAL” DE LA EXPORTACIÓN

- Fotografía 8.1. La cara civilizada de la barbarie: la ópera de Manaus, Brasil, construida entre 1884 y 1892 107
- Fotografía 8.2. La realidad y el simulacro: una fotografía de José Eustasio Rivera publicada en la primera edición de *La vorágine* (1924), en la cual se lo identifica como el protagonista de la novela. A pie de foto se lee: “Arturo Cova en la barraca de Guaracú” 115

10. LA VOZ DE LOS ÁRBOLES: FIEBRE, HIGIENE Y POESÍA EN *LA VORÁGINE*

- Fotografía 10.1. José Eustasio Rivera en Yavita, Amazonía venezolana, 1923 157
- Fotografía 10.2. “Un cauchero” 166

11. EN LA PRISIÓN VERDE

- Cuadro 11.1. Población indígena del “área uitoto” (1980) 178
- Fotografía 11.1. Río Caquetá a través el Cañón de Araracuara 172
- Fotografía 11.2. Maloca andoque, 1988 176
- Fotografía 11.3. Chorro de Angostura en el río Caquetá 180
- Fotografías 11.4. Panorámicas del penal de Araracuara, 1970 181

12. *LA VORÁGINE* COMO DESMONTE DE LA “MATERIA PRIMA”

- Fotografía 12.1. Ejemplo de la técnica de transporte de bolas de caucho río abajo en la cuenca del Amazonas (“rebaño negro”), río Acre, municipio de Río Branco, Brasil 186

14. *LA VORÁGINE* Y LA LÍNEA FRONTERIZA: RIVERA
Y LA COMISIÓN DE LÍMITES ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA

Imagen 14.1. Plano del territorio Yavita-Pimichín 220

15. CONTRAHISTORIA Y CONTRAFETICHISMO:
PARA LEER *LA VORÁGINE* EN EL SIGLO XXI

Imagen 15.1. Mapa que aparece antes de la página de título en la quinta edición de *La vorágine* (Editorial Andes, Nueva York, 1928) y en las reimpressiones de la obra por esa misma editorial (sexta [1928] a novena [1929]) 243

17. ENTRE LA INMERSIÓN SELVÁTICA Y LA MEDIACIÓN
REFLEXIVA: ACERCAMIENTOS A LA AMAZONÍA
EN *LA VORÁGINE* Y EN EL CINE CONTEMPORÁNEO

Fotografía 17.1. El invernadero en *Viaje en tierra otrora contada* 279

18. “AQUÍ MÁS O MENOS TERMINA EL CANTO,
MI DULCE AMADO”

Mapa 18.1. Lugares sobre el mapa actual de Colombia de los que Rivera levantó croquis a lápiz 285

Imagen 18.1. Croquis de los ríos Napo, Putumayo y Caquetá. Tiene una nota que dice: “*Yaco* en inca quiere decir agua” 287

Imagen 18.2. Croquis del Macizo Colombiano. Nota en la esquina superior derecha: “El camino del Marañón cae al Jaya, y este al Ajajú (1 día bajando)” 288

Imagen 18.3. Croquis de ríos entre Vichada y Guainía. Nota en la parte inferior: “[Benjamín] Larrañaga fundó La Chorrera con huitotos, boras y muinanes. Luego se asoció con Arana y con el judío Barchilón. El Encanto lo fundó don Gregorio Calderón y luego se asoció con Arana. A Larrañaga lo convenció Barchilón. [Miguel] Loaiza fue secador de libros en La Chorrera (gran bandido). Larrañaga, Arana y C[ompañí]a. Arana, Vega y C[ompañí]a. Juan Vega, pastuso renegado” 290

Imagen 18.4. Croquis del río Isana. Río Negro, 8 de julio de 1923 291

Imagen 18.5. Croquis del Alto Caquetá 1 292

Imagen 18.6. Croquis del Alto Caquetá 2. Nota en la parte inferior: “Este croquis fue tomado al cálculo, según los mapas de Hamilton Rice. Río Negro, el 8 de julio de 1923, en el Brasil, frente a Naranjal, y Yaguanarí” 293

Imagen 18.7. Manuscrito de Luis Franco Zapata, página 1 295

| | | |
|--|--|-----|
| Imagen 18.8. | Manuscrito de Luis Franco Zapata, página 2 | 297 |
| Imagen 18.9. | Manuscrito de Luis Franco Zapata, página 3 | 299 |
| Imagen 18.10. | Manuscrito de Luis Franco Zapata, página 4 | 301 |
| 19. <i>LA VORÁGINE: UNA LECTURA CARTOGRÁFICA</i> | | |
| Tabla 19.1. | Novelas de las mercancías escritas entre 1900-1935 | 306 |
| Mapa 19.1. | “Croquis de Colombia” | 311 |
| Mapa 19.2. | “Ruta de Arturo Cova y sus compañeros” | 312 |
| Mapa 19.3. | “Ruta de Barrera y los enganchados” | 313 |
| Mapa 19.4. | “Odisea de don Clemente Silva” | 314 |
| 24. BIBLIOTECAS DE JOSÉ EUSTASIO RIVERA: BOGOTÁ-NUEVA YORK-BOGOTÁ | | |
| Imagen 24.1. | Inventario del apartamento de José Eustasio Rivera en Nueva York n.º 1 | 413 |
| Imagen 24.2. | Inventario del apartamento de José Eustasio Rivera n.º 2 | 414 |
| Imagen 24.3. | Inventario del apartamento de José Eustasio Rivera n.º 3 | 415 |
| Imagen 24.4. | Inventario del apartamento de José Eustasio Rivera n.º 4 | 416 |

AGRADECIMIENTOS

En un libro sobre el escape, el extravío y el encuentro son fundamentales los “brújulos”, aquellos que conocen los caminos porque están atentos a los “murmurios” de la selva, como lo supo Clemente Silva, el gran rumbero de esta novela. Dejándose contagiar por Silva, Montserrat Ordóñez, brújula rive-riana, invitaba a dejarse embrujar por la novela. Para ella, era la mejor manera de entrar en “los silencios y los murmullos aun a riesgo de perderse en el tejido textual/vegetal” (*Textos críticos*, 18) de *La vorágine*. En el espíritu de la conmemoración del centenario, queremos agradecer a las muchas personas que fueron nuestros rumberos por el laberíntico archivo subterráneo de la novela, compuesto de imágenes, manuscritos, mapas, permisos, traducciones y otras felices colaboraciones que hicieron posible este proyecto conjunto. En primer lugar, le agradecemos al maravilloso equipo de Ediciones Uniandes, en especial a Josefina Marambio Márquez, Mónica Uribe, Carolina Mazo Montenegro, María Victoria González y Marcela Garzón Gualteros que, con una paciencia que curó toda desorientación, guiaron este libro a buen puerto. Al Departamento de Humanidades y Literatura de la Universidad de los Andes, en especial a Claudia Montilla y a Carolina Alzate, así como a Juan Camilo González Galvis (editor general de Uniandes), Juan Felipe Córdoba Restrepo (director editorial de la Universidad del Rosario), Esteban Duperly (jefe de la Editorial EAFIT) y Esteban Giraldo (Escuela Superior de Administración Pública), les agradecemos creer en este proyecto y seguir cuidando, a través suyo, los valores literarios de Colombia y América Latina. Gracias a todos ellos *La vorágine* continuará encontrando un camino para extraviar a los nuevos lectores del centenario dentro de sus poderosas palabras.

Un libro compilatorio también es una casa de muchas puertas. En todas las que tocamos nos abrió una mano amiga para brindarnos ayuda y estímulo. Aparte de los ensayistas, cuyo trabajo el público lector puede disfrutar aquí, queremos agradecer por su apoyo a Jon Landaburu, Leyla Rouhi, Gene Bell-Villada, Juan David Correa Ulloa, Adriana Martínez Villalba, Vicente Pérez Quimbaya, Sergio Alejandro Patiño Restrepo, Axel Rojas, Sergio Silva, María Florencia Chiaramonte, Julio Durán, María José Giménez, Enrique Ordóñez, Margarita Valencia, Juan Carlos Pino, Mario Francisco Delgado Noguera, Javier Sebastián Isaza, Patricia Torres, Hugo Salas, Daniella Margarita Sánchez Russo, Laura Navas, Mary Louise Pratt, Vicente Lecuna, Carlos Sandoval, Beatriz González Stephan, Juanita Aristizábal, Lucía Forero Rojas. A Felipe Arturo por la poderosa imagen que aparece en el frontispicio. A los estudiantes de la clase “Género, raza y naturaleza: exploraciones ecocríticas de la cultura latinoamericana” en Williams College, en especial a Dasha Belobokova, María Fernanda Estrada, Elizabeth Kwon, Craig Martien, Samantha Seamon y Austen Voehl por sus contribuciones y diálogos que alimentaron este volumen. Extendemos nuestros agradecimientos a la Colecciones y Servicios de la Biblioteca Nacional de Colombia, al Grupo de Archivo y Gestión Patrimonial del Archivo General de la Nación y a la Universidad de Caldas por facilitarnos el uso de imágenes vitales para este proyecto. También queremos agradecer a las editoriales Minnesota University Press, University Press of New England, Cambridge University Press, Columbia University Press, a la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *Bulletin of Hispanic Studies* y la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* por su apoyo a este proyecto. También queremos reconocer el apoyo institucional de las Universidad de Brown, en especial su fondo HRF del Departamento de Estudios Hispánicos, así como la Cátedra Rosenberg de Estudios Ambientales y Español de Williams College.

En una memorable escena de *La vorágine*, Clemente Silva, perdido en la selva, ve la libertad en una palmera de cananguche pues esta sigue, “a la manera del girasol”, la trayectoria del “astro diurno”. Con esa palmera, nos dice el poeta, “la secreta voz de las cosas le llenó el alma”. Por acercarnos desde niños a la secreta voz de las cosas por medio de los libros, dedicamos este texto a nuestras madres: Barbara Kinney French y Rosario Pinzón Ramos.

PRÓLOGO
LA VORÁGINE CIEN AÑOS DESPUÉS

Felipe Martínez Pinzón y Jennifer L. French

Arbitrario como todos los aniversarios, un centenario, bien considerado, puede ser una ocasión de reflexión y producción de sentido. Un centenario es un momento de alta conciencia histórica, un momento en el que se anuncia una sensación tanto de continuidad como de ruptura con el pasado. El centenario de *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928), es un momento en el que la sensación de conciencia histórica se duplica por ser la novela la creación de un autor que hoy, como en su tiempo, parece encarnar el espíritu del centenario de su país. O tal vez se triplica, ya que es inevitable la invocación de su principal rival por el sitio de ser considerada como la máxima novela colombiana e, inclusive, latinoamericana, *Cien años de soledad*. En estos tiempos de existencia precaria, cuando la sobrevivencia de la especie humana y los millones de formas de vida más que humana se encuentran gravemente amenazadas por la crisis existencial del cambio climático, propulsado por las mismas fuerzas que ocasionaron el holocausto amazónico de comienzos del siglo xx —el motor de combustión interna y la economía extractivista— volvemos a leer a Rivera, sin saber si lo que anuncia es el apocalipsis final o un camino para evitar la destrucción.

“Leer *La vorágine*, hoy por hoy, es releerla”, escribió la escritora argentina Sylvia Molloy en un artículo canónico acerca de la novela compilado en 1987 por Montserrat Ordóñez en su también fundamental *La vorágine: textos críticos*.

Tras cien años de su publicación, volvemos a tomar esa posta —la del mundo de las relecturas de *La vorágine*— para mirar hacia el pasado y la historia crítica de la novela desde 1987 hasta el presente en que escribimos estas páginas. Con esta compilación que el lector tiene en sus manos tratamos de cubrir casi cuarenta años de producción crítica para devolver, como un homenaje también a Montserrat Ordóñez, víctima de una muerte prematura en el 2001, el regalo de ver la novela recargada de sentidos, esta vez para una nueva generación de lectores, ojalá, futuros críticos de la novela. Para su centenario aquí presentamos a *La vorágine* iluminada con las urgencias propias del nuevo milenio: los nuevos feminismos; la ecocrítica; el giro espacial que privilegia el estudio de mapas y geografías abiertas por la novela; los estudios de la cultura visual que enriquecieron el texto durante y después de su publicación; el neomarxismo; la recepción de la novela en Brasil, Perú y Venezuela, entre otras relecturas que invitan a nuevas maneras de descifrar e interpretar este clásico de nuestra literatura.

Hace diez años, el aniversario noventa de la novela coincidió con el número cien de la revista *Arcadia*. Los editores prepararon entonces un listado de cien obras de arte colombianas que habían marcado la historia del país. En este número aparecía en portada un soldado inmerso en la selva y en la lectura de una edición popular de *La vorágine*, ajada y leída por muchos más. En la portada decía: “Cien años de realidad: el país leído desde las artes”. Eran los años en los que el conflicto armado interno continuaba mientras el Gobierno de Juan Manuel Santos negociaba con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) en La Habana. En ese número, uno de sus columnistas más reputados, Antonio Caballero, propuso nuevamente a *La vorágine* como la gran novela nacional. Con un entusiasmo que no derramaba en otras columnas escribió: “La gran novela de España es sin duda *El Quijote*: caben en ella más cosas que en la propia España [...] La gran novela de Colombia es *La vorágine*, de José Eustasio Rivera”. Marta Ruiz, una periodista que cubrió por muchos años el conflicto armado, visitó los mismos lugares sobre los cuales escribió Rivera en su novela, y concluyó en un texto llamado “La misma vorágine” (2006) que “Rivera no podía imaginar que estaba construyendo la más poderosa metáfora de Colombia”. *La vorágine*, en varias de estas relecturas, es el país del olvido del cual emerge la violencia como un recordatorio cíclico de las perennes inequidades y ausencias de la historia colombiana. Mientras *La vorágine* es convocada en estas lecturas periodísticas como una metáfora del país, su más clara “competidora” como novela nacional, *Cien años de soledad*, acaso por su canonización como parte de una literatura global —o *world literature*—, pasó a ser un símbolo regional tanto de América Latina como del Sur global. Como nos lo preguntaremos aquí, vale la pena pensar hoy, en tiempos de crisis climática y auge extractivista, si *La vorágine* no tiene, al igual que la novela de García Márquez, un alcance y una vigencia globales.

Diez años después de ese número de *Arcadia*, y a pesar de la firma de los acuerdos de paz con las FARC-EP en el 2016, releer hoy *La vorágine* es volver a encontrar la historia de Colombia, allí, revivida. Refaccionadas, las historias de 1924 continúan alimentando los mismos horrores. La violencia todavía asola “el revés de la nación” (Serje 3), aquellos territorios de frontera, fabricados, como lo ha demostrado Margarita Serje, una de las contribuyentes a esta compilación, por imágenes coloniales que hacen infernales ciertos territorios, muchas veces, en beneficio de otros. Sobre estas “tierras de nadie” se justifica su abandono y su concomitante apropiación armada y ocupación mercantil. Aunque de maneras acaso menos escabrosas que el caucho, a pesar de los llamados de activistas y de la prensa, el agronegocio extractivista —la palma de aceite en los Llanos¹, la coca en el piedemonte amazónico, entre otros productos destinados, como tiempo atrás, al mercado internacional— sigue haciéndose por sobre la vida de líderes sociales, activistas ambientales y trabajadores. Al igual que aquel *boom*, los actuales se hacen sobre el equilibrio ecológico y la equitativa posesión de la tierra.

Paradójicamente, el conflicto armado interno que se extendió durante más de sesenta años, como lo han mostrado investigaciones recientes, mantuvo relativamente a salvo de depredaciones industriales a ecosistemas clave de la nación. La guerra hacía inaccesible para el agronegocio a gran escala ciertas “zonas rojas” o lugares de ocupación militar por ejércitos particulares. La paz total, la que se busca hoy en Colombia, abre otros retos sobre el territorio ahora que la violencia quiere ser finalmente terminada. Los retos de la paz no le eran extraños a José Eustasio Rivera quien, como veremos, era un hombre de la posguerra de los Mil Días. Las primeras décadas del siglo XX fueron de relativo auge económico y paz para Colombia. La paz fue interpretada por consignas políticas del momento como aquella que el general y excauchero Rafael Reyes (1905-1909) introdujo como eslogan de su presidencia: “menos política y más administración”. Como un borramiento de la discusión y la memoria acerca de la guerra que acababa de concluir, la concisión de este eslogan se tradujo en enormes cambios para el país que tendrían profundas consecuencias sobre el mundo humano y más que humano en Colombia. La de Reyes fue una “paz para los negocios” que mostraba su lado amable en las ciudades y su lado oscuro, como lo evidenció con su novela *Rivera*, en el interior del país, en la Colombia profunda. Entre otras oportunidades para la extracción, fue Reyes quien dio las primeras concesiones petroleras e introdujo la United Fruit Company en la región Caribe y, con ella, la concomitante represión a la organización sindical. Como nos lo recuerda David Harvey en una máxima que podría ser riveriana:

1 Para una historia cultural de este agronegocio véase Ramírez Gröbli (2020).

toda violencia sobre el territorio termina en violencia sobre las personas (134). Así que el centenario de *La vorágine* es también una oportunidad para pensar esta novela no desde la guerra o la “paz para los (agro)negocios” o la expoliación ambiental, sino como el legado del intelectual más importante del centenario de nuestra Independencia y, como tal, un instrumento para pensar la paz total de Colombia durante las celebraciones de su bicentenario.

A continuación, los editores académicos proveen un ensayo introductorio en dos partes: la primera enmarca a Rivera dentro de la llamada Generación del Centenario, y la segunda orienta al lector en las contribuciones compiladas y el lugar de estas dentro de la tradición crítica en torno a la novela. En ese sentido, este texto pretende ofrecer una muy breve historia intelectual tanto de la generación de Rivera como del último siglo de crítica, siempre enfocada en los debates y discursos acerca de la obra. Para Julio Ramos, un clásico es “un acontecimiento discursivo que en la historia de sus lecturas —borradas las condiciones específicas de su producción— asume un enorme poder referencial” (339). Con los textos aquí reunidos queremos reconocer el indudable poder referencial de la novela de Rivera al mismo tiempo que, al reconstruir la historia cultural y crítica en torno a ella, se busca no olvidar sino antes bien visibilizar las condiciones específicas de su producción, preparándola para una nueva generación de lectores.

Rivera, centenarista

En 1918 aparece el libro *Colombia joven* del escritor Luis Eduardo Nieto Caballero. En este libro recoge una plana de cien hombres: escritores, políticos y científicos que componen lo que hasta hacía pocos años se había comenzado a conocer como la Generación del Centenario o los “centenaristas”. Además de políticos que serían presidentes como Eduardo Santos o Laureano Gómez, músicos como Luis A. Calvo, educadores como Antonio Irisarri y médicos como Miguel Jiménez López, allí se encuentran algunos de los que todavía hoy identificamos como los poetas centrales de esas décadas: Leopoldo de la Rosa, Miguel Rasch Isla y Rivera. A pesar de ser una lista que celebra solo jóvenes masculinidades, toma nombres de buena parte de la geografía del país y da cuenta de la diversidad de profesiones, no únicamente letradas, mostrando a la par la “vitalidad y creatividad” y la “vasta esfera de intereses” de esta generación (Brubaker 76). De acuerdo con Nieto Caballero, estos jóvenes “empezaron a hacerse conocer unos años antes o unos años después de la gran fecha. Entre veinte y cuarenta años oscila la edad de los que aquí figuran” (3). Por la gran fecha se refiere al centenario de la Independencia celebrado en 1910 y, al mencionar la edad de las personas cuyos perfiles biográficos escribe y reúne, hace énfasis en

la juventud de una generación que para él significaba el futuro de Colombia. El número redondo de la centuria —cien— no solo alude al centenario, sino a la conciencia de estar construyendo una “excelente minoría”, como la llamó Eduardo Caballero Calderón (en Brubaker 78), un elitismo que le trajo muchas críticas en aquel entonces.

Como acabamos de mencionar, entre estos nombres se encuentra el del intelectual huilense José Eustasio Rivera (1888-1928). A sus treinta años, Nieto Caballero lo vacía en un molde que la crítica posterior haría suyo por muchos más. Por primera vez aparece “como Thoreau”, un “cantor robusto de los trópicos”, “en cuya alma hierve la fuerza de la raza” (65), alguien que “ha estado tan en contacto con la naturaleza, que fácilmente se le puede imaginar de visita en las cavernas terribles, dialogando bajo las ceibas con los pájaros que han hecho su nido entre las ramas, amonestando a los peces como un taumaturgo medioeval, observando cuidadosamente la piel de los reptiles” (66). La temprana monumentalización de Rivera —antes de que publicara como tomo sus sonetos de *Tierra de promisión* (1921) y que empezara a escribir *La vorágine* en 1922— nos habla, por una parte, del gran impacto que habían causado los poemas publicados por él en Bogotá desde 1907 en el periódico *Sur América* (Pachón Farías 50) y, sobre todo, de la fascinación (casi exotista, como se ve en las descripciones) que causaba su origen rural en escritores bogotanos, de clase social alta, como Nieto Caballero. Como otros centenaristas, Rivera fue un hombre de búsquedas. Sus diferentes roles de educador, abogado, poeta, dramaturgo, viajero, polemista, parlamentario, novelista, editor —en ese orden cronológico, pero sin separaciones entre unas y otras facetas—, nos hablan de alguien que se propuso, en la multiplicación de sus funciones, “servirle mejor” a la patria. Como Rivera, los demás centenaristas “quisieron organizar la unión sagrada, borrar las fronteras que dividen los partidos, nacionalizar las instituciones, silenciar las disputas religiosas, desterrar el ejercicio del pretorianismo levantisco, purificar las finanzas, eliminar los pleitos con naciones vecinas, reconciliar a las clases sociales” (Solano 20).

La actividad frenética a la que se abocó la generación de Rivera se debió a la experiencia y la consciencia de un país destruido por la guerra de los Mil Días (1899-1902), desmoralizado por la pérdida de Panamá (1903) y también galvanizado por ella; pero asimismo movilizado por un optimismo apalancado en el auge cafetero de las primeras dos décadas del siglo XX que les hacía contemplar un futuro auspicioso. Este entusiasmo había llegado a su cenit en las jornadas de “exaltación nacionalista del 13 de marzo de 1909”, cuando Rivera lideró una movilización de estudiantes para “rechazar el empeño del [entonces presidente] general Rafael Reyes en hacer aprobar el tratado que legalizaba la separación de Panamá y en el que, en el fondo, se otorgaban concesiones petroleras a los Estados Unidos, con el propósito de conseguir de estos el pago

de los 25 millones de dólares prometidos como indemnización por su apoyo a la independencia de Panamá” (Pachón Farías 47). La expulsión de Reyes del poder ese año marcó el surgimiento de la Generación del Centenario y fueron sus escritores los que narrarían, para sí y para la Colombia urbana, la entrada de Colombia a “un nuevo modo social de producción [...] que aunque se servía de la *hacienda* y de las subjetividades coloniales a ella ligadas, hizo de la *fábrica* su eje central” (Castro Gómez 12, énfasis en el original). La “gramática” de la industrialización, como la ha llamado Castro Gómez, trastocaría los tradicionales discursos de poder asociados con las letras, la teología y el derecho, para abrirle paso a las ciencias y brindaría, mediante una mezcla de estos discursos, el lenguaje para articular la emergencia de “nuevos sectores sociales (la burguesía, el proletariado y las clases medias urbanas) que empezaron a entablar una relación propiamente ‘moderna’ con respecto a sus propios cuerpos, afectos y deseos” (12). Como lo mostrará Rivera con *La vorágine*, estos lenguajes también darán cuenta de los habitantes del Llano y de la selva, y servirán para narrar los horrores del *boom* del caucho en la Amazonía.

La celebración de una “ciencia patriótica” (Castro Gómez 50) —las ciencias al servicio de la patria— generó “la visión de un país dominado por la racionalidad científico-técnica, con una población de inmigrantes en movimiento perpetuo y dedicada por entero al trabajo productivo, y con un Estado plegado a los imperativos sagrados de la economía capitalista” (50). Mientras las organizaciones obreras crecían a la par que las ciudades, los lenguajes surgidos de las nuevas disciplinas fueron movilizados para comprender a las multitudes a través de términos como “degeneración”, “raza” o “profilaxis”. Estas nuevas formas de saber —practicadas por centenaristas tan diversos profesionalmente como el médico Luis López de Mesa o el periodista Armando Solano— estuvieron en el centro de importantes debates de aquel entonces como el que ha trascendido con el nombre de “los problemas de la raza en Colombia”, debate recientemente reconstruido por Catalina Muñoz, que se dio en el teatro municipal de Bogotá en 1920 y que contó con la asistencia de médicos como Miguel Jiménez, Jorge Bejarano y Calixto Torres Umaña. Frente a la juventud de las universidades bogotanas, representadas como depositarias del futuro auspicioso del país por venir, allí se evaluaba si el mestizaje racial y el territorio tropical hacían imposible la civilización en Colombia y si la higiene y la educación podían “aclimatar” el progreso en el país.

La circulación de nuevos saberes y lenguajes científicos también suponía una nueva forma de entender al intelectual y hacían que de este se esperara otras formas de explicar la realidad, más acordes con esas “economías de la velocidad” que hacían que “los ferrocarriles, el telégrafo, la electricidad, los automóviles, emp[ezaran] a convertirse así en elementos claves para el flujo rápido de la mercancía, lo cual abarataría los costos de su producción y permitiría

la conquista de nuevos mercados” (Castro Gómez 57). La modernización en Colombia, pensaban ingenieros nacionalistas como Miguel Triana, sería impulsada por las ciencias y no por las humanidades ni las letras. En su eufórica *Revista de Colombia* (1910), en donde Triana hace una detallada crónica de las celebraciones del centenario de 1910, dice:

La época, como se ve, es de transición: ya no llaman la atención popular los discursos adjetivados ni las frases rimadas, sino los datos positivos de un informe. Pronto la Geografía entrará al Parlamento para imponerse en la discusión de las circunstancias del país [...] pronto la Geología será quien dicte el código de Minas, la Sociología el Código Civil, la Antropología el Código Penal. (256)

Esa “época de transición” hacia un futuro auspicioso no la encuentra Rivera en su novela, publicada algunos años después, pero sí, como nos recuerda Ericka Beckman en la contribución que aquí compilamos, nos revela otra forma del futuro: la del capitalismo sin breches operando a sus anchas en el “cuarto de máquinas” de la selva amazónica, al que ella llama “*Export Real*” o lo real de la exportación.

Las preocupaciones de los centenaristas —“¿qué era Colombia al cabo de cien años de existencia? ¿Había logrado configurarse como nación, política y culturalmente? ¿Conocía sus límites?” (Páramo y Franco 22)— fueron las de Rivera al punto de que ha sido definido por críticos, acaso de manera excesiva, como “el arquetipo del intelectual centenarista” (Pachón Farías 55). Como a pocas generaciones en la historia de Colombia, a la suya le tocó vivir y liderar los cambios más radicales hasta entonces. Hijo de una familia con una pequeña hacienda ganadera en el hoy departamento del Huila, de niño Rivera presencié la guerra de los Mil Días —la batalla de Matasana fue a pocos kilómetros de su casa (Pachón Farías)—, la “más larga, costosa y sangrienta de las numerosas contiendas que enfrentaron a los partidos políticos” (Villegas y Yunis 125). De adulto se hizo consciente, al visitar los Llanos y la Amazonía, de que el futuro que se pensaba estar acariciando en las ciudades era una mentira construida sobre la olvidada realidad de la mayoría del territorio nacional. Como otros centenaristas, vivió en carne propia el proceso de urbanización —él mismo se trasladó de Neiva a Bogotá—, pero no perdió de vista su conexión con el mundo rural, sabiendo siempre que el Huila está más próximo al piedemonte amazónico que a la meseta cundiboyacense, pero que ambas están más cerca de lo que parece del mercado global.

Los desplazamientos geográficos que marcaron su vida —primero de Huila a Bogotá y de ahí a la región orinoco-amazónica y, por último, a Nueva York— y los cambios históricos que vivió —la guerra de los Mil Días y el *boom* económico de los años veinte— también transformaron, durante su vida, la propia

idea del poeta. El gran biógrafo de Rivera, Eduardo Neale-Silva, dice que a Rivera “le había tocado en suerte vivir en dos épocas, a compás de dos ritmos de vida, y esperaba ser poeta y también algo más que poeta” (295). Los poetas y abogados, antiguos maestros explicativos de una realidad más estática, eran conscientes de que los excedía esta nueva forma de “ser-para-el-movimiento” de la década de los veinte (Castro Gómez 65). Los poetas como Rivera, sin dejar de serlo, se adaptaron y respondieron a estos discursos, en ocasiones acatándolos, copiándolos y también parodiándolos, pero siempre, como dice Neale-Silva, con la conciencia de que se esperaba que fueran “también algo más que poetas”. Por vocación y educación, Rivera pertenecía al antiguo cenáculo del intelectual público como poeta. Incluso en entrevistas con la prensa posteriores a la publicación de *La vorágine*, a la par que se lo presionaba para que participara de las polémicas en torno a la nueva poesía vanguardista, declaró su admiración por gramáticos y latinistas del siglo pasado como Miguel Antonio Caro o Rufino José Cuervo (“Una hora con José Eustasio Rivera” 22). Su libro de sonetos *Tierra de promisión* (1921), a pesar de describir, como lo dice el título, una Colombia rural por descubrir, los poemas allí contenidos se deben más a las formas estéticas del pasado. Por el contrario, con el título de *La vorágine*, la Colombia por descubrir en sus páginas no se arroja al futuro, sino que sigue el movimiento inverso a la supuesta fuerza expansiva de la modernización (Pratt 225): succiona, atrapa y engulle. En *La vorágine* es donde Rivera nos conmina a presenciar su apuesta más futurista, desde el lenguaje a la temática, por evaluar su momento histórico y lo que puede emerger de él. En la novela, con Arturo Cova, viaja al pasado inmediato del *boom* cauchero para evaluar, en una prosa que mezcla estéticas modernistas, románticas y de vanguardia, entre otros temas que estudia esta compilación, la representación del poeta y de la geografía, las relaciones de género, los vínculos humano-vegetales, la modernización y, naturalmente, el propio lenguaje literario que entra en crisis ante los horrores del “holocausto en el Amazonas” (Pineda Camacho).

En preparación para la novela: Rivera en el remolino de las disputas territoriales

Las dramáticas tres primeras décadas del siglo XX, atravesadas por profundos cambios, formaron la personalidad política y el proyecto literario de Rivera. Más que con sus otros textos literarios, fue *La vorágine* con la que Rivera, consciente e inconscientemente, le dio múltiples y a la vez contrapuestos sentidos al cambio de mundo que presenció durante su corta vida. Por poner un ejemplo: Rivera procesó la pérdida de estatus político del poeta por medio de su personaje Arturo Cova, un expulsado de la nueva ciudad cinética hacia el Llano y

la selva en donde primaban otros movimientos, menos halagüeños y más atroces. En efecto, en *La vorágine* el novelista expulsa al poeta modernista Cova —como una autocrítica al “poeta artificioso” de *Tierra de promisión* (Molloy 493)— parodiando sus excesos en el proceso, pero al mismo tiempo le brinda espacio para que, fruto de la fuga, pueda hacerse “algo más”. Como lo vio Sylvia Molloy, gracias al viaje Cova pasa de ser un afectado poeta para convertirse en un intelectual que denuncia los horrores del comercio cauchero en la selva: “Ni itinerario espiritual, ni viaje bibelot, la aventura de la selva en *La vorágine* será un itinerario insalubre, que contamina a un hombre y su literatura pero cuyo saldo no será del todo negativo: hará de él, por fin, un escritor” (Molloy 493).

Como un intelectual emergido de la periferia geográfica y que viajó a grandes metrópolis americanas (Nueva York, La Habana, Ciudad de México), Rivera no se dejó deslumbrar por la modernización urbana como medida del progreso. Mientras investigaba y escribía *La vorágine*, primero como miembro de la Comisión de Límites con Venezuela en 1921-1922, y luego como Representante a la Cámara al año siguiente, Rivera levantó la voz, en el Congreso y luego en la prensa, acerca del olvido en el que el Estado tenía las regiones fronterizas. Como joven de veintitrés años lo impactaron los hechos ocurridos al sur de Colombia, en La Pedrera, cuando en 1911 un destacamento colombiano se enfrentó con otro peruano por el control del río Caquetá, un afluente amazónico no muy alejado del departamento del Huila. Esta batalla, de la que saldrían derrotadas las fuerzas colombianas, traería a la conciencia nacional —y seguramente a la de Rivera— los problemas fronterizos reviviendo, de paso, los fantasmas de la pérdida de Panamá. Al trazar una clara línea entre el choque bélico con el Perú en 1911 y las repetidas incursiones de la Casa Arana, la genocida empresa cauchera peruana activa en los territorios entre el río Caquetá y el Putumayo, Rivera escribe para la prensa en abril de 1924 una serie de artículos en los que vuelca la mirada sobre la disputada región. En una columna titulada “Las penetraciones peruanas en el Caquetá” les cuenta a los lectores que ha viajado hasta Florencia, hoy capital del departamento del Caquetá, para entrevistarse con colonos colombianos que viven en esta región. Estos le contaron acerca de los pésimos caminos, los abusos de los caucheros peruanos y las intenciones que tenían estos de controlar el territorio. Rivera vio esto como un manifiesto incumplimiento del tratado Lozano-Salomón, firmado en 1922, que establecía como colombianos los territorios entre el río Caquetá y el Putumayo. Pocos meses antes de publicar *La vorágine*, Rivera se pregunta retóricamente en estos artículos de prensa:

[C]ada vez que nuestro Gobierno protesta contra el avance de los peruanos, se le responde que el prefecto de Iquitos dio ya la orden de hacer desocupar inmediatamente nuestras florestas. ¿Y a quién se la da? ¿A la Casa Arana?

¿Pero su gerente, enemigo de nuestro país y del Tratado [Lozano-Salomón], podrá cumplirla? ¿Tiene prenda alguna nuestro Gobierno para satisfacerse tan fácilmente con la esperanza de una orden ilusa que está en viaje diez años ha y que nunca llega, como lo demuestran los resultados? [...] ¡Bendito sea Dios, porque aún existe la candidez! (“Las penetraciones peruanas” 64)

Aquí aparecen las mismas preocupaciones —y con el mismo tono— con las que Rivera estaba, por esos meses, terminando de escribir *La vorágine*. Primero con discursos e informes al Congreso, luego con columnas de prensa y, finalmente, con la novela, Rivera abordó la misma problemática desde diferentes ángulos (en otro giro más, en Nueva York editaría la novela para un público internacional, planearía su traducción al inglés e intentaría llevarla al cine). Cansado de la inercia del Gobierno, decidió tematizar esta fatiga en su novela a través de cartas y memoriales no acatados, personajes ciegos, mapas mal elaborados o leídos, repetidas escenas de visitas a consulados no atendidas y, claro, gritos perdidos en la selva.

Antes que proyectarse a un futuro pleno de esperanzas, como el que compartió inicialmente con sus contemporáneos, *La vorágine* vuelve sobre los horrores del *boom* cauchero que habían conocido su cenit a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Para la década de los veinte, el comercio del caucho amazónico había sido prácticamente reemplazado por la industrialización de su extracción en las colonias inglesas de Sri Lanka. Para la fecha de la publicación de la novela, noviembre de 1924, la llamada Casa Arana, epicentro del horror cauchero, era entonces una empresa quebrada que, a pesar de haber perdido su poder económico y haber sido expuesta en todo su poder criminal por intelectuales como Roger Casement y Benjamín Saldaña Roca, acumulaba todavía un poder político importante en la provincia de Loreto en la Amazonía peruana. En artículos como este de 1924, Rivera dirigió la mirada del país para mostrarles que el Gobierno peruano le había concedido a la Casa Arana cinco millones de hectáreas en tierras colombianas, “y este asunto que es público en el Brasil, aún lo ignoran los colombianos” (Neale-Silva 284). Fechado en mayo de 1924, “Las penetraciones peruanas” fue impreso en momentos de tensión internacional. A pesar de haberse firmado en 1922 el tratado Lozano-Salomón, acuerdo internacional que reconocía como colombianas las posesiones entre los ríos Caquetá y Putumayo, no se había ratificado (y por ello no había entrado en eficacia) dicho instrumento ni por el Congreso colombiano (que lo haría en 1925) ni por el peruano, que lo ratificaría solo hasta 1927. Así que antes que ser un reclamo extemporáneo sobre hechos ocurridos con anterioridad, *La vorágine* es un llamado jurídico, por un lado, a no desatender los procesos diplomáticos que llevarían a cerrar la hasta entonces abierta frontera sur de Colombia con

el Perú y, por otro lado, una descarnada invitación a evaluar los horrores que la civilización occidental ha llevado a cabo en la Amazonía.

La frustración por no sentirse escuchado por los lectores de la prensa ni sus colegas en el Congreso ni por el Estado, Rivera la usa productivamente como motor estético de su novela. La adulteración de la realidad para mostrar con más veras el horror de la historia, como saben los lectores, está en el centro de *La vorágine* desde su inicio. En la primera edición de la novela, los lectores ven en sus páginas iniciales la fotografía de un joven que, sentado en una hamaca, dice ser “Arturo Cova en las barracas del Guaracú, fotografía tomada por la madona Zoraida Ayram”. A los lectores que conocían a Rivera en Bogotá y sus críticos posteriores, no se les escapaba que era el propio Rivera quien posaba como su personaje principal. Ya inmersos en la novela, los lectores recordarán la escena en que el cauchero Clemente Silva, tras ser rescatado por Cova y compañía, les aconseja las artimañas —las ficciones— de las que se tendrán que valer para presentarse ante el Váquiro, un cauchero venezolano, como indefensos caucheros explotados por la competencia y así ganarse su protección. Cova escucha estas estrategias con paciencia —algo raro en él— y le contesta a Clemente Silva: “cuente usted con que la novela tendrá más éxito que la historia”. Tal vez al publicar la novela Rivera no contaba con que el mecanismo de ficcionalizar la realidad para mostrarla más potentemente podía ser revertido. En la respuesta que el novelista le extendió al periodista y crítico literario Luis Trigueros en 1926 acerca de los méritos “sociológicos” de la novela, confiesa desengañado:

Dios sabe que al componer mi libro no obedecía a otro móvil que al de buscar la redención de esos infelices que tienen la selva por cárcel. Sin embargo, lejos de conseguirlo, les agravé la situación, pues solo he logrado hacer mitológicos sus padecimientos y novelescas las torturas que los aniquilan. “Cosas de *La vorágine*”, dicen los magnates cuando se trata de la vida horrible de nuestros caucheros y colonos en la hoya amazónica. (“Contestación de José Eustasio Rivera a Luis Trigueros” 69)

Polémicas intergeneracionales a finales de la década de los veinte

El progresivo desengaño político de Rivera acerca de la desigual modernización vivida por el país durante la década de los veinte (y, más radicalmente, los horrores que esta trajo consigo en los territorios marginalizados), se puede hacer extensivo a su generación. Tras casi dos décadas de predominio cultural centenarista, a finales de la década de los veinte algunos otros de sus miembros se muestran pesimistas frente al futuro del país. En 1927, ante un público

de jóvenes universitarios, el también centenarista Armando Solano evalúa a su generación en una conferencia titulada “El deber de la nueva generación colombiana”. Allí confiesa que su generación se había dejado “seducir por una multitud de fragmentarios empeños y la realidad presente se nos escapó” (19). Diez años después de la recopilación de Nieto Caballero, y bajo el lente de Solano, sus contemporáneos no eran ya una radiante esperanza, sino una aglomeración “mediocre”, “confusa y desordenada, impropia para el brillo solitario de las eminencias, que no han podido sustraerse a la inquietud colectiva” (19)². El público universitario ante el cual Solano hace este *mea culpa* es inventado como un sustituto para la nueva generación que toma forma a mediados de esta década. Nos referimos a un grupo conocido simplemente como Los Nuevos, compuesto por poetas vanguardistas como Luis Vidales, intelectuales socialistas como Luis Tejada y futuros presidentes como Carlos Lleras Restrepo. Para Solano la labor de la Generación del Centenario, a pesar de sus fracasos, no contaba con sucesores a la vista, pues para él los jóvenes actuales —como los que lo escuchan ese día—, a pesar de su vitalidad y creatividad, no se preocupaban por un proyecto de nación sino por un proyecto artístico individual. Solano termina su discurso con una invitación, por una parte, a conjugar la búsqueda artística con el servicio a la nación y, por otra, a mirar hacia atrás, a las generaciones precedentes, para construir un “nuevo patriotismo”:

Los “Nuevos” se han distinguido por su feliz irreverencia, por un desenfadado desconocimiento de las proporciones, por un irresistible vigor para abrirse paso y para declarar abierta la mortuoria de gentes que aún está muy a gusto en este mundo. Este gesto de ruda competencia vital me consuela y me enorgullece, porque al fin y al cabo, es algo dinámico. Pero eso no basta. Hay que traer en los labios una promesa. Hay que enseñar en las manos un programa. ¿Cuáles son los de los “Nuevos”? Amigos míos, acá entre nosotros, entre las cuatro paredes de este hospitalario instituto, permitidme que os diga: no los tienen. Y esa carencia reviste gravedad excepcional, cuando la nación colombiana necesita del rápido avènement de una generación eficaz y no puede permitir que la vuestra fracase, porque ese fracaso sería su muerte [...] El nacionalismo que quiero, que pido, como derrotero para los jóvenes, no ha de ser ciego ni sordo, sino ilustrado, basado en el conocimiento de las más variadas manifestaciones del espíritu contemporáneo. (21)

- 2 El lector de *La vorágine*, al leer estas frases, no puede sino pensar en el epígrafe de la novela en donde oímos la voz de Cova dar un desengañado lamento para decir: “los que en un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente [...] sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente [...] para que ambulara vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación” (75).

Una paz de casi treinta años, fruto de las lecciones de la posguerra y el nacionalismo acicateado por la pérdida de Panamá, para Solano, no parecía importarle a una nueva generación más ocupada en cultivar la vanguardia artística y organizar la lucha de clases que en reconstruir la nación y hacer una literatura nacional. Para él, la falta de un “plan” delata el individualismo de la nueva generación y por esa vía su falta de “nacionalismo” que los congregue bajo un espíritu de *corps*, de generación, para interpretar los deseos y miedos de la colectividad.

Este discurso hace parte de una polémica mayor en prensa, acerca de las supuestas diferencias políticas y estéticas entre los centenaristas y Los Nuevos³. De ella participó también Rivera⁴. En una entrevista que dio para *El Tiempo* en 1926, titulada “Una hora con Rivera”, ante la pregunta “¿qué opina usted de la polémica de dos generaciones, la de Los Nuevos y la del Centenario?”, responde, paradójicamente, en tono polemizador: “yo no sé a qué viene esa polémica. La generación Centenario ha hecho una labor, mal que bien, ¿insignificante?, pero ¿dónde está la de Los Nuevos? Está por hacer” (“Una hora con José Eustasio Rivera” 24). Carlos Alonso, en un ensayo editado en esta compilación y por primera vez traducido al español aquí, sostiene que Rivera era consciente del poco espacio que tenía un escritor como él —de clásicos sonetos y agenda nacionalista— en la emergencia de una cultura de vanguardia artística en la Bogotá de los años veinte. Si leemos *La vorágine* como una novela que emerge de estas ansiedades personales y debates públicos, es posible ver en Cova, también, otra de sus múltiples facetas de *trickster*, como se dice en inglés, de “embaucador”: una advertencia para la nueva generación y una historia en la que leer una invitación a Los Nuevos. Arturo Cova, un hombre con una agenda personalista, es arrojado a los grandes paisajes nacionales en los que habitan los temas de la colectividad —para ponerlo en términos de Solano—, las fronteras desatendidas, la explotación de los hombres, la expoliación de los recursos naturales y cuyos resultados son horriblos crímenes sin respuesta legal alguna. Como una lección para Los Nuevos, Cova, como resultado de su involucramiento con

3 Esta polémica ha sido leída recientemente como “más compleja”, fruto de los severos juicios a los centenaristas de “jóvenes desconocidos que sin llegar aún, en muchos casos, a los veinte años, ya aspiraban a ocupar sus puestos para así dar comienzo a una nueva etapa en la historia nacional” (Arias Trujillo, XIII). En su libro *Los leopardos: una historia intelectual de los años 1920*, Ricardo Arias Trujillo sostiene que “las relaciones entre los nuevos letrados y los hombres del Centenario no siempre fueron conflictivas; la participación conjunta en proyectos culturales, la concurrencia a los mismos espacios de sociabilidad, las amistades entre unos y otros, los elogios mutuos, dejan ver unas relaciones más complejas” (XIII).

4 La polémica en prensa acerca del legado (o si había una herencia a la que llamar legado) que les pasaban los centenaristas a Los Nuevos recorrió los años de la publicación y reacciones críticas a *La vorágine* y dejó sus marcas en intervenciones del propio Rivera en entrevistas como “Una hora con José Eustasio Rivera” (1926) o su polémica con Luis Trigueros (1926), ambos textos compilados por Montserrat Ordóñez en su canónico libro *La vorágine: textos críticos*.

estos temas, se convierte en un intelectual nacional, en un sucesor de los centenaristas, pero que a su vez se pierde en la selva.

La fuga como encuentro de un yo verdadero es una de las muchas paradojas de la novela ya que ha llevado a Montserrat Ordóñez a ver en Cova a un “cazador cazado”. Más allá de esta polémica intergeneracional, la crítica ha abundado en las maneras en que el desplazamiento de Cova fuera de las ciudades le sirvió a Rivera para hacer una crítica a la modernización misma, pero no desde la celebración de un *locus amoenus* o un escapismo nihilista. El crítico Isaías Peña vio agudamente a Rivera como un “aguafiestas” en medio de la euforia económica vivida en las ciudades (24). La novela ocurre lejos de las ciudades en donde se celebraba, en revistas, exposiciones y certámenes literarios, la modernización urbana, el conocimiento y el movimiento. Rivera nunca pierde de vista la ciudad como lugar donde están, además de los burócratas apáticos al destino de los territorios de frontera, sus lectores y adonde llega el manuscrito de Cova. La “fuga” de la novela más allá de las ciudades, como la de Cova, entre otras cosas, tenía como propósito cuestionarles a sus lectores, precisamente sus contemporáneos del “Centenario” —algunos de los cuales serían duros críticos de su novela— la conveniente e interesada representación de la modernización como un paisaje de higiénicos movimientos urbanos. Por ello, en *La vorágine*, el movimiento en las caucherías no es libertad sino enganchamiento, enfermedad y prisión; el conocimiento no lleva al dominio del yo sobre las influencias del clima o de la geografía, sino a la conciencia de la pequeñez del ser humano frente a la naturaleza y su falla moral frente al extractivismo. Finalmente, la modernización como utopía igualitaria en la que se relajan las ataduras frente al pasado colonial se muestra como un aparato de una sofisticada arquitectura en la que el colonialismo se extrema: mercantilización de las relaciones sociales, tortura de los indígenas y sistematización del horror para hacer la riqueza de Europa y exportar caucho con el fin de hacer llantas para automóviles o piezas para la guerra.

La vorágine, como la obra artística más perdurable de la Generación del Centenario, al tiempo que reposa sobre los pilares esenciales del centenarismo —“organizar la unión sagrada [...] nacionalizar las instituciones [...] eliminar los pleitos con las naciones vecinas”, en palabras de Armando Solano (20)— los excede para hacerse un reclamo no solo a favor del patriotismo, sino en contra del capitalismo y a favor de la humanidad. Como ninguno de los hombres de su generación lo hicieron, y en ello Rivera la excede y por eso la trasciende, el poeta-novelistas huilense emplaza a la civilización, el capitalismo del caucho en la selva, como la culpable de los horrores sobre la naturaleza: “el hombre civilizado es el paladín de la destrucción”, anotará, famosamente, Cova en el instrumento de contabilidad y la bitácora del horror: el diario de cuentas del sangriento cauchero el Cayeno.

Panorama crítico de la novela: del americanismo literario al giro vegetal

Americanismo y novela telúrica

Difícil es nombrar otra obra moderna que se haya prestado a tan grande diversidad de acercamientos y tendencias críticas dentro de Colombia y en otros países de las Américas. Como Montserrat Ordóñez observó en 1987, “con diversos enfoques, el interés ha sido consistente y casi se podría decir creciente: ensalzada o rechazada, la obra no ha perdido su vigencia y su interés, dato nada despreciable para la historia de las letras” (14). Desde su aparición en 1924 y desde la primera pieza crítica sobre la novela —precisamente de Nieto Caballero ese mismo año—, *La vorágine* es una de las novelas latinoamericanas sobre las que más se ha escrito. Manuel Antonio Bonilla, el mismo que había reemplazado a Rivera como visitador o inspector escolar del Tolima (1904) (*Tolima Total*), declaró que *La vorágine* “nació de nuestro suelo como tantos ríos [...] que hacer creer y esperar en el advenimiento de la literatura americana que anunciaba el gran Martí cuando en sus arranques patrióticos exclamaba, ‘El vino, de plátano...’” (744). Para este lector incisivo, la obra de Rivera refleja “el concepto filosófico de la novela en toda la complejidad del desarrollo que actualmente tiene” (744). Las primeras apreciaciones surgidas en otras partes de América Latina aparecieron poco después, como muestran dos críticos literarios cuyas investigaciones nuevas están incluidas en la presente compilación. En “La recepción crítica de la obra de José Eustasio Rivera en Brasil”, el crítico Leopoldo M. Bernucci demuestra la muy cálida acogida que *La vorágine* recibió en aquel país, mientras que Javier Uriarte abre su contribución, “Remolinos y tránsitos en las fronteras: el imaginario fluvial en *La vorágine*”, recordándonos la fraternal correspondencia, así como las coincidencias temáticas que compartieron Rivera y el cuentista uruguayo Horacio Quiroga.

Efectivamente, para la década de los cuarenta la intelectualidad latinoamericana ya consagraba a *La vorágine* como uno de los principales ejemplares de la denominada “novela de la tierra” (también conocida como novela “telúrica” o “terrígena”). Dicho grupo de novelas y relatos abarca obras tan diversas como *Doña Barbara* (1929) y *Canaima* (1935) del venezolano Rómulo Gallegos; *Don Segundo Sombra* (1926), del argentino Ricardo Güiraldes; *Los caranchos de la Florida* (1924), del también argentino Benito Lynch; los cuentos de Quiroga; *Huasi-pungo* (1934) del ecuatoriano Jorge Icaza; *Raza de bronce* (1919) del boliviano Alcides Arguedas, y *Los de abajo* (1915) del mexicano Mariano Azuela, entre otras. Según explica Carlos J. Alonso en su clásico libro, *The Spanish American regional novel: modernity and autochthony*, la crisis política y espiritual

provocada por las intervenciones militares realizadas por los Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX en la cuenca caribeña —así como la ideología del “panamericanismo” que pretendía legitimarlas—, provocó entre la intelectualidad hispanoamericana un movimiento de afirmación de una identidad colectiva acotada a los países iberoamericanos (47-56). En el contexto de tal movimiento, ejemplificado en los textos clásicos de José Martí (especialmente “Nuestra América” [1891], en Bonilla) y José Enrique Rodó (*Ariel*, 1900), entre muchos otros, la sucesión de obras narrativas que tomaron como tema principal las actividades económicas y los retos de las comunidades campesinas y obreras del interior continental fue recibida como la expresión estética de la auténtica identidad de los pueblos (latino)americanos. Uno de los críticos que más moldeó la recepción inicial del regionalismo hispanoamericano, el chileno Arturo Torres Ríoseco, proclamó que “un pueblo sometido al estado de colonia [había comenzado] su vida cultural independiente” (*La novela* 159) y que “el continente escuch[ó] el llamado de la tierra” (165).

Claro está, dichas obras retomaron las formas de imaginar un sujeto nacional múltiple inauguradas por el romanticismo con los tipos laborales y raciales de los cuadros de costumbres en una especie de renacionalización/regionalización de la literatura que el modernismo había dejado de lado e incluso denostado. En su libro *Grandes novelistas de la América Hispana*, el crítico chileno explica cómo *La vorágine* ejemplifica estas tendencias con la proliferación de personajes correspondientes a dos “tipos” regionales, el llanero y el cauchero, cada uno interactuando intensamente con su entorno natural por medio de sus costumbres y de su trabajo, sea de manera relativamente benéfica o en el caso de la selva, más bien horrorosamente destructiva (234-242). Sobre esta última, concluye así:

Hay que agradecerle al poeta de *Tierra de promisión* este gesto de hombría. A riesgo de ser tachado de truculento, melodramático y vulgar, tuvo el valor de desdeñar la belleza de los serenos paisajes e idilios tiernos del tipo de *María*, tan caros a los colombianos, de cerrar su corazón humano [...] La selva, negra de gomeras, pantanos, caimanes, sanguijuelas, mosquitos, tambochas, miasmas y putrefacción. Selva de sangre y de muerte en que los pantanos brillan como los ojos fatídicos del Cayeno y levantan su desesperación las seringas mutiladas y sangrantes como los brazos sin manos del Pipa. (*Grandes novelistas* 254)

Si nos hemos detenido sobre la apreciación de Torres Ríoseco es porque su análisis de la novela de Rivera trae a colación aspectos esenciales de esta —específicamente, el énfasis en la interacción entre seres humanos y lo no humano

(tanto simbólica como material)⁵ — que se perderían de vista y a menudo hasta se denigrarían durante las décadas subsiguientes para luego surgir otra vez en los nuevos enfoques de la crítica ecológica producida en tiempos de la crisis del cambio climático⁶.

Del *boom* al posestructuralismo

Tras el ocaso de la narrativa crítica que consagró a *La vorágine* como obra que daba acceso a las verdades del ser latinoamericano en su contacto con la geografía tropical, durante el auge del llamado “*boom*” de la novela latinoamericana el estatus de *La vorágine* se hundió dramáticamente. De más está reiterar el desdén al cual fue sometida. A pesar de que, en palabras de Roberto González Echevarría, la novela de la tierra “es el basamento, la fundación sobre la cual reposa la novela latinoamericana actual” (46)⁷, ciertos aspectos de *La vorágine* que la generación de Torres Ríoseco veía como méritos —sobre todo, su insistencia obsesiva en el protagonismo de la naturaleza americana— de pronto, en las décadas de los sesenta y setenta, se tomaron como evidencia de la inmadurez de la producción novelística de aquel entonces, en contraste con la sofisticación y urbanidad de la llamada “nueva novela”. Mientras más se celebraron las obras de Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y (sobre todo) Gabriel García Márquez, más se despreciaron a sus precursores, los cuales llegaron a ser vistos como la antítesis de las nuevas tendencias. Ante los juegos borgianos de la metaficción, el realismo mágico, el *fluir* de conciencia y la reinterpretación de mitos supuestamente universales, *La vorágine* y la novela de la tierra en general fueron acusadas de un realismo naíf, provinciano, así como de un determinismo geográfico que Carlos Fuentes resumió con un célebre riposte dirigido a todo el canon regionalista: “se los tragó la selva” (véase Alonso 38-44).

Fue tal vez demasiado obvio el oportunismo de tales burlas, ya que durante la misma época —como bien demuestra la compilación organizada por Montserrat Ordóñez— las apreciaciones productivas de *La vorágine* no dejaron de publicarse. En realidad, la comprensión colectiva de la complejidad interna de

5 Por su parte, el crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña señaló como el “episodio más saliente” de *La vorágine* aquel en el cual “los viajeros se ven obligados a arrojarse a un pantano y quedarse allí durante doce horas, rodeados de roedores y serpientes, mientras un gigantesco ejército de hormigas coloradas, tambochas, pasa junto a ellos, devorando todo lo que es tierno, despojando a toda planta de sus hojas y a todo animal de su carne” (202).

6 Gianfranco Selgas recorre esta historia de la recepción crítica del regionalismo latinoamericano en su excelente tesis de doctorado, “Regionalismo ensamblado: medioambiente, modernidad y reacción político-cultural en Latinoamérica (1930-1940)”.

7 “Is the ground, the foundation on which the present-day Latin American novel is erected”. [Traducción propia]

la obra creció notablemente en las décadas de los sesenta y setenta, cuando la teoría estructuralista asociada con Ferdinand de Saussure (1857-1913) y pensadores franceses como Claude Lévi-Strauss, Roland Barthes, Julia Kristeva y Gérard Genette empezó a influenciar la crítica literaria producida en Colombia, así como en otros países de las Américas y Europa. Siguiendo preceptos articulados por Barthes (“La muerte del autor”) y Michel Foucault (“¿Qué es un autor?”), la crítica de la novela abandonó la figura del autor como productor de sentido para enfocarse en cambio en la estructura de esta, o lo que Luis Carlos Herrera Molina, S. J., llamó su “arquitectura” (Ordóñez 288). Con sus cinco narradores, historias intercaladas y paratextos, *La vorágine* resultó ser ideal para la nueva doctrina de la narratología, dotada de un vocabulario técnico capaz de diferenciar entre modos y niveles de discurso narrativo, de caracterizar la voz que habla en un momento dado según su estatus como personaje (o no) y su posicionamiento dentro o fuera de la historia, de articular contradicciones internas y sondear sus implicancias para la interpretación de la obra literaria⁸. Los investigadores de aquellos años produjeron lo que se denominó una crítica “científica”, cuyo afán de rigurosidad metodológica se percibe aún en sus diagramas y en la meticulosa enumeración de sus puntos. Por extraño que resulte a la mirada de los lectores contemporáneos, el recurso de su método estableció pautas importantes para las próximas generaciones de lectores. En palabras de Ernesto Porras Collantes, “ninguna singularidad es analizable y valiosa por sí misma en *La vorágine*: es un organismo de interdependencias en el que aislar párrafos o caracteres o rasgos o frases significa renunciar a captar todo su valor, disechar su vitalidad; tal será un proceder arbitrario por el que incluso la particularidad podría —y ha podido— prestarse a ser interpretada en contrario” (278).

La observación de Porras Collantes encapsula uno de los dilemas centrales del estructuralismo: si un elemento esencial del texto literario es su irreducible polisemia —es decir, su capacidad de generar múltiples significados—, ¿cómo puede el lector armar y defender una interpretación particular? Y si no se puede armar y defender ninguna interpretación particular, ¿se declara ya nulo lo que anteriormente se consideraba el “mensaje” político del texto? Efectivamente, la crítica sobre *La vorágine* que se produjo durante los años setenta y ochenta refleja los intensos debates entre la *intelligentsia* latinoamericana sobre la función y la teoría de la literatura en un continente donde el capitalismo y la revolución socialista se enfrentaban en una lucha cada vez más cruenta. En una célebre intervención Roberto Fernández Retamar, director de la editorial Casa de las Américas en La Habana, polemizó contra las “especulaciones lingüísticas” de

8 Véanse, por ejemplo, Green (1967), Porras Collantes (1968), Benso (1975).

Fuentes, al que acusó de hacer “caso omiso de la realidad concreta de la narrativa hispanoamericana” (182). El ensayo de Fernández Retamar, “Calibán”, fue uno de los más prominentes de toda una serie de textos de autoría diversa que interrogaban “la función social de la literatura y sus transformaciones” (Rincón 59), así como las metodologías más adecuadas para la tarea de sondear la relación histórica entre texto y sociedad⁹.

Florecieron entonces aproximaciones “sociológicas” a la literatura latinoamericana, aquellas que hacían énfasis en las relaciones de producción, sean estas al nivel de la creación literaria o más bien reveladas por la obra en su capacidad de denunciar situaciones concretas de corrupción, explotación y opresión. Influidos por el marxismo y la teoría de la dependencia, los investigadores de los años setenta, ochenta y noventa produjeron una crítica materialista que resalta el diálogo entre las voces de *La vorágine* y las crisis y conflictos sociales de momentos posteriores. Uno de ellos es Roberto Simón Crespi, cuya obra “*La vorágine: cincuenta años después*” fue publicada en 1974 en la revista cultural *Casa de las Américas*. Las selecciones recogidas en el presente volumen abren con otra obra que ejemplifica la misma tendencia, un extracto del libro *Las raíces históricas de La vorágine* (1988) de Vicente Pérez Silva¹⁰. Este autor nos recuerda que el mismo Rivera “no dejó de insistir en el fundamento histórico de su novela” ni en la urgencia de su protesta contra los abusos del territorio nacional y sus ciudadanos. “¿Qué diría Rivera hoy ante el imperio de la doble contabilidad de las grandes empresas y ante los miles y miles de pantallas que no cesan de contabilizar, ante las miradas estupefactas de los usuarios, los fatales intereses y las crecientes unidades de valor constante? Poco a poco la upaquización¹¹ de la economía nos seguirá estrangulando con la fuerza inclemente de los ofidios constrictores” (42:30), dice Pérez Silva.

Dados los desenlaces de las últimas décadas, la tradición de *critique* anticapitalista está muy vigente como acercamiento a *La vorágine*, renovada por cada generación de investigadores según los desarrollos tecnológicos, las crisis de sus tiempos y los modos teóricos que se presentan. El volumen actual incluye, por primera vez en español, “Dialéctica de la naturaleza”, un trozo del libro de Jennifer L. French, *Nature, neo-colonialism and the Spanish American regional writers* (2005), que estructura su análisis de *La vorágine* sobre un marco construido a partir del marxismo tradicional y el (entonces) nuevo movimiento ecocrítico; en el fragmento presentado aquí se considera la curiosa resonancia

9 Véanse Pérus Cueva (1974), Rincón (1978), Bueno (1989), Cornejo Polar (1999).

10 La Biblioteca Nacional conserva el audio del trabajo de Vicente Pérez Silva (1998), presentado como conferencia magistral.

11 Se refiere a la unidad de poder adquisitivo constante (UPAC) con la que se medían en los años ochenta las deudas de los colombianos frente al Estado.

entre *La vorágine* y un libro olvidado de Friedrich Engels. Tenemos el gusto de incluir también “Un viaje a lo real de la exportación”, un extracto de *Capital Fictions: The literature of Latin America’s export age* (2012) de Ericka Beckman, también traducido al español. Beckman lee *La vorágine* como evidencia de la explotación de paisajes y comunidades del interior durante el *boom* económico de las últimas décadas del siglo XIX, incluso en Colombia; es decir, “aquello que el criollo letrado desconocía que sabía, pero que había estado todo el tiempo presente”. El capítulo presentado aquí se enfoca en dos tropos esenciales, pero hasta entonces muy poco comentados de la novela de Rivera: la falsificación y la contabilidad. Dentro del giro neomarxista se presenta también un ensayo nuevo de Erna von der Walde: “Contra-historia y contra-fetichismo. Para leer *La vorágine* en el siglo XXI”, en el cual neoliberalismo y extractivismo, aspectos determinantes de las economías latinoamericanas del presente, sirven como lentes críticos para enfocar nuevamente “algunas de las pulsiones de la novela [que] desafían ciertas visiones de la historia de la modernidad”.

En proporciones variables, las diversas obras de crítica literaria recogidas en el presente volumen descansan sobre una sólida base de investigación contextual mientras atienden a lo que Françoise Pérus ha llamado la “especificidad” del texto literario como tal: “esto significa que no es una manifestación ideológica como cualquier otra, sino el resultado de una práctica que se realiza de acuerdo a reglas y modalidades particulares (relevancia, de forma, presentación de sí misma como ficción, etcétera)” (870). Tal es el caso incluso para los acercamientos producidos durante los años ochenta y noventa, ápice del posestructuralismo. Este último fue inspirado por las obras de Foucault y sobre todo —en lo que concierne a la interpretación de *La vorágine*— por la filosofía de la deconstrucción, propuesta por el francés Jacques Derrida, cuyo libro *De la grammatologie* se tradujo al español en 1978. Su teorización descansa sobre el concepto lingüístico (Saussure) de que el significado de los signos se deriva solo con respecto a otros signos, sin fundamento ni “centro” esencial. Investigados con lupa, demuestra Derrida, los textos literarios (y filosóficos) de la tradición occidental tienen ambigüedades y contradicciones internas que a su vez revelan la falta de solidez, coherencia y fundamento propia del discurso metafísico. Los críticos de esta generación se destacaron por producir nuevas interpretaciones de textos canónicos a partir de una atención particular al lenguaje como repositorio de formas impredecibles en donde afloran las sujeciones y liberaciones insertas en la cultura que el texto replica o ataca (o ambas). Sus lecturas terminan a menudo demostrando que el texto en cuestión es en realidad más abierto, más polifónico o más ambiguo de lo que la tradición sostiene; de esta manera se rescata y se libera el texto (y a sus lectores) de las exclusiones, jerarquías y otras operaciones de poder asociadas con la cultura occidental y con la institución literaria en particular.

Como María Helena Rueda observa en su aporte a la presente colección, “*La vorágine* desde el género, o de cómo el feminismo ha explorado las grietas del manuscrito de Arturo Cova”, la importante tradición de la crítica feminista sobre *La vorágine* data del auge del giro lingüístico y la teoría deconstruccionista de las décadas de los ochenta y los noventa. Rueda se refiere a una trilogía de obras recogidas en la colección de Montserrat Ordóñez —ella misma una riveriana fuertemente comprometida con el feminismo—: “La mujer y la naturaleza en *La vorágine*: a imagen y semejanza del hombre” de Sharon Magnarelli (1985); “El género deconstruido: cómo releer el canon a partir de *La vorágine*” de Doris Sommer (1987), y “Contagio narrativo y gesticulación retórica en *La vorágine*” de Sylvia Molloy (1987). Con diferentes puntos de partida y enfoques analíticos, las tres críticas coinciden en demostrar que la novela de Rivera realiza una deconstrucción sistemática de los papeles de género tradicionales en el mundo occidental, cosa que la crítica más convencional no solo no veía, sino que muchas veces perpetuaba y exacerbaba con sus comentarios. Las lecturas feministas, afirma Rueda, “ofrecieron claves para entender el relato de Cova como expresión (y problematización) de la violencia implícita en el proyecto modernizador, basado en la exaltación de una masculinidad dominadora, racializada y destructiva”. Dada esa historia, nos complace presentar en esta colección un ensayo de Ordóñez, “La loba insaciable de *La vorágine*” (1991), en el cual la crítica lee entre líneas el discurso iterado por Arturo Cova acerca de uno de los personajes más fascinantes y menos estudiados de la novela, la mercante libanesa conocida como “la madona”, Zoraida Ayram. Ante la impasividad estoica de Ayram, “la mujer varonil” (léase independiente y exitosa, según las metas valorizadas por Cova y sus compañeros masculinos) que lo invita a su chinchorro en los barracones del Guaracú, Ordóñez percibe en el discurso de Cova la manifestación de su misoginia narcisista, una “terrible batalla de deseo, odio, metamorfosis y delación” de parte de un hombre que “odia a la mujer no por lo que ella hace sino por el simple hecho de existir en un mundo que él no controla”.

La presente compilación incluye también la traducción de un extracto de otra de las interpretaciones de *La vorágine* más características del giro lingüístico: la de Carlos J. Alonso, publicada originalmente como último capítulo de su libro *The Spanish American regional novel: modernity and autochthony* (1990). En la selección presentada aquí con el nuevo título que le dio el autor, “*Poiesis, naturaleza y vanguardia: Tierra de promisión y La vorágine*”, Alonso realiza una meticulosa comparación de la retórica literaria de ambas obras, la cual le lleva a postular que el encuentro fracasado entre el poeta Arturo Cova y el caos informe de la selva refleja, por alegoría, la ansiedad de su generación de escritores ante las nuevas formas practicadas por los poetas de la vanguardia.

Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje, escrito por el antropólogo australiano Michael Taussig y publicado por primera vez en 1986, es otro ejemplo de cómo el posestructuralismo influyó las lecturas de *La vorágine*; el tema principal de Taussig es “la mediación del terror a través de la narración, y el problema de escribir de manera eficaz contra el terror”. En el fragmento presentado aquí, Taussig recurre a la novela de Rivera para precisar un efecto peculiar del discurso colonialista en la Amazonía: su capacidad de proyectar sobre la selva y sus habitantes originarios la ferocidad irracional —es decir, el “salvajismo”— de los forasteros que entran en ella. Su trabajo inicia el encuentro entre la disciplina de la antropología y *La vorágine*. Como documento que da cuenta del holocausto de los pueblos originarios de la Amazonía durante el *boom* del caucho natural de finales del siglo XIX y comienzos del XX, *La vorágine* es de interés particular para los estudiosos de la antropología, como también lo ha sido el saber antropológico para los lectores de *La vorágine*.

En el presente volumen se incluyen dos obras de crítica literaria publicadas en la década de los noventa que hacen precisiones importantes sobre cómo *La vorágine* —específicamente como una novela en primera persona, con sus paratextos y múltiples narraciones intercaladas— incorpora y representa discursos atribuidos a sujetos amazónicos no occidentales. En “El discurso heterólogo en *La vorágine*” (1995), Elzbieta Sklodowska desarrolla las implicancias ético-políticas de considerar *La vorágine* como un “precursor” del género testimonio, el cual es típicamente producto de la colaboración entre un antropólogo y una persona “subalterna” analfabeta¹². En “Mito e historia: ‘grandes’ y ‘pequeños’ relatos” (1999), Pérus desestabiliza la distinción entre dos conceptos clave de la antropología positivista que luego utiliza para realizar una innovadora interpretación de la historia de la indiecita Mapiripana dentro de la novela de Rivera. En el diálogo entre antropología y literatura, también nos complace presentar aquí dos obras recientes escritas por distinguidos antropólogos colombianos. Una viene del libro *Los huérfanos de La vorágine* (2014), en el cual Roberto Pineda Camacho aborda las maneras en que, para sobrevivir y adaptarse, la gente del hacha (los andoque) dio cuenta de los horrores del *boom* cauchero mediante la incorporación de sus historias y enseñanzas a su concepción del mundo. En el fragmento incluido aquí, Pineda Camacho explica que la novela de Rivera no produjo el efecto deseado por su autor —quien se frustraba de que los lectores de *La vorágine* se negaran a ocuparse de la suerte real de los pueblos originarios afectados por la explotación cauchera— y provee una descripción etnográfica de los andoque tales y como Pineda Camacho los encontró cuando con Jon Landaburu visitó la región del Caquetá por primera vez en 1969.

12 Sobre el testimonio y la emergencia de los estudios subalternos véase Beverly (2014).

Incluimos también un ensayo nuevo de Margarita Serje, estudiosa del conflicto y la violencia en Colombia y coeditora, con Erna von der Walde, de una nueva edición cosmográfica de *La vorágine* producida, como la presente colección, en homenaje a su centenario. En el texto compilado aquí, Serje hace una “Lectura cartográfica de *La vorágine*” por medio de su cuidadosa reconstrucción de los mapas presentados en la edición de 1928 de la novela, última revisada por el autor, y el discurso que gira en torno a estos. Como una visita al archivo de la Biblioteca Nacional de Colombia, en donde reposan varios documentos inéditos relacionados con la novela, Camilo Andrés Páez Jaramillo también nos muestra una lectura de los mapas trazados a lápiz por Rivera mientras hacía parte de la Comisión de Límites con Venezuela y escribía *La vorágine*. Gracias a su intervención tenemos acceso no solo a las maneras en que Rivera vivía e imaginaba el espacio amazónico sino a las conexiones que tenía en los lugares por los que pasaban varios ríos. Fruto de estas conexiones, Páez Jaramillo comparte su digitación de un texto inédito, parte de los documentos que acompañaron el manuscrito de la novela, escrito por un colono de la región orinoco-amazónica, amigo de Rivera, que le informa del “Modo de trabajar la goma en el Brasil”.

Ecocrítica, el giro ontológico y más

Hacia finales del siglo pasado nuevas aproximaciones emergieron dentro del panorama de los estudios literarios y culturales, pugnando explícitamente contra las presuposiciones del posestructuralismo —especialmente el famoso dictamen derridiano: “no hay nada fuera del texto” (Derrida 207)—. Las tendencias nuevas, si bien heterogéneas, tienen en común —compartida, claro está, con el marxismo tradicional— una insistencia en la necesidad, o más bien la urgencia, de desarrollar modalidades críticas que sean capaces de incorporar, dentro de un mismo marco analítico, tanto lo material como lo discursivo. Uno de los pensadores más influyentes de las nuevas tendencias, Bruno Latour, se expresa así:

¿No estás harto de los juegos de lenguaje, y del escepticismo eterno de la deconstrucción del sentido? El discurso no es un mundo aparte sino una población de actantes que se mezclan con cosas tanto como con sociedades, que apoyan a estas tanto como a aquellas, y que agarran a ambas. El interés en los textos no nos distancia de la realidad, ya que las cosas también tienen que ser elevadas hasta la dignidad de la narrativa. Y en cuanto a los textos, ¿por qué negarles la grandeza de formar el vínculo social que nos une? (90)

En su libro *Nunca hemos sido modernos* (1993), Latour postula la articulación, ya a finales del siglo XVII, de lo que denomina la Constitución Moderna,

un documento ficticio que, a pesar de serlo, establece lo que serán de ahí en adelante las condiciones de la vida intelectual en el mundo occidental, es decir, una separación rígida entre las ciencias “naturales” y las ciencias “humanas”. Dicha separación no ha sido tan absoluta como pretende ser —de allí viene el título de su libro— y, sin embargo, en los últimos años la realidad colectiva —los logros técnicos, particularmente los de la bioingeniería, las depredaciones de la globalización capitalista asimétrica, la mecanización cruel de la vida animal por la industria ganadera, la degradación ambiental incluso, y sobre todo, la crisis planetaria del cambio climático— nos obliga a abandonar las antiguas presuposiciones disciplinarias y ponernos a pensar, con la misma seriedad y rigor que antes, pero libre ya de restricciones ilógicas e innecesarias, según epistemologías que nos dejen medir, analizar y contrarrestar los cambios en la relación entre las culturas y grupos humanos y lo no humano.

Entre estas nuevas tendencias, una de las más difundidas es la ecocrítica, una palabra abarcadora que sirve para designar un método o conjunto de métodos que parten de “la premisa fundamental de que la cultura humana está conectada con el mundo físico, lo afecta y es afectada por él” (Glotfelty XIX) y que, por consiguiente, se acercan al texto cultural, sea con fines críticos o celebratorios, pero siempre tomando en cuenta el peso ecológico de la intervención. El advenimiento y la difusión de la ecocrítica han alterado el pensamiento crítico sobre *La vorágine*, a la vez que recoge y resalta ideas importantes de la intervención, ya comentada, de Magnarelli y de una fundacional, la de William Bull en “Nature and anthropomorphism in *La vorágine*” (1948), compilada también por Ordóñez en español en 1987. Efectivamente, la interpretación ecocrítica de la novela toma como uno de sus puntos de partida la idea, señalada por Bull, de que “ya debería ser obvio que la vorágine o el vórtice, el símbolo de toda la novela, está tanto en la mente torturada e inestable de Cova como en las realidades con las que él entra en contacto, y que, en consecuencia, difícilmente es Cova capaz de ver el mundo objetivo de la naturaleza de una manera realista” (Bull 322). Esto no significa que no se vislumbre en la novela lo que la filósofa Elizabeth Grosz llama “el real real” —al contrario, Clemente Silva y otros personajes denuncian el daño de la deforestación producida por la explotación cauchera—, sino que la novela presenta oportunidades para examinar, desde adentro, la mitología colonialista/occidental sobre la selva.

Se incluyen en la presente colección un trío de obras que demuestran lo fructífera que ha sido la emergencia de la ecocrítica como acercamiento a la literatura latinoamericana en general y a *La vorágine* en particular. Una es “La dialéctica de la naturaleza” (2005), un fragmento del mencionado libro de French, *Nature, neo-colonialism and the Spanish American regional writers*. Para French, que trabaja en la tradición de la *critique* marxista y poscolonial, la ecocrítica presenta una nueva apertura de investigación que ofrece la posibilidad

de examinar sistemáticamente las contradictorias locuciones de Cova acerca de las plantas de la selva y su misterioso parentesco con los cuerpos humanos. Otra es “Locura tropical e innovación literaria en *La vorágine*” de Charlotte Rogers, una reescritura —actualizada para la presente compilación— del capítulo sobre *La vorágine* en su libro *Jungle fever: Exploring madness and medicine in twentieth-century jungle narratives* (2012). Rogers atiende a los discursos médicos que circulan por la novela, entre ellos, los de la psiquiatría, en una fascinante exploración de cómo la obra se nutre de discursos colonialistas sobre la selva tropical para producir un discurso poético que tiene como fin defender al mismo ambiente contra las incursiones del extractivismo. Y en “La voz de los árboles: fiebre, medicina y poesía en *La vorágine*” Martínez Pinzón, en diálogo con ambas autoras, ofrece una lectura historizada que vuelve a indagar sobre el antropomorfismo en la novela de Rivera.

De un peso especial para la ecocrítica latinoamericana —y, sobre todo, para las más recientes interpretaciones de *La vorágine*— es el movimiento, surgido entre antropólogos hacia finales de los años noventa, conocido como el “giro ontológico”. Se trata de una apuesta metodológica de revisar los conceptos teórico-filosóficos de modo que sean menos eurocéntricos y más fieles a las culturas a las cuales se refieren, o más bien de “el imperativo de mantener constitutivamente abierta la cuestión de qué puede ser un cierto objeto de la investigación etnográfica y, por consiguiente, cómo modular conceptos y teorías existentes para mejor articularlos” (Holbraad y Pedersen x). Más específicamente —y de aquí viene el término—, el giro ontológico propone acercarse nuevamente al concepto del relativismo: si anteriormente la antropología contaba entre sus premisas fundamentales la idea de que la realidad/el mundo es uno solo, y los miembros de diferentes culturas lo ven de maneras diferentes según sus perspectivas y preceptos, el nuevo paradigma propone que hay, en cambio, muchas realidades, muchos mundos. Una de sus figuras principales es el brasileño Eduardo Viveiros de Castro, cuyas investigaciones se enfocan en el contraste entre el relativismo multicultural y el perspectivismo amazónico. En contraste con la ontología occidental, las culturas amazónicas definen la “persona” en función de su protagonismo o subjetividad: “humanidad es el nombre que se da a la forma general tomada por el sujeto” (477). Según Viveiros de Castro, para las culturas amazónicas

[t]odos los seres ven (“representan”) el mundo de la misma manera —lo que cambia es el mundo que ven. Los animales imponen sobre la realidad las mismas categorías y valores que los humanos: sus mundos, como el nuestro, giran en torno a la caza y la pesca, cocinar y las bebidas fermentadas, primos cruzados y guerra, ritos de iniciación, chamanes, caciques y espíritus. [...] Si la luna, culebras y jaguares ven a los humanos como tapires o pecaríes barbibrancos

(Baer 1994: 224), es porque ellos, como nosotros, comen tapires y pecaríes, comida de gente. Solo puede ser de esta manera, ya que, siendo personas en su propia esfera, los no humanos ven las cosas como “personas” las ven. Pero las cosas que ven son diferentes: lo que para nosotros es sangre, para el jaguar es chicha de maíz; lo que para las almas de los difuntos es un cadáver putrefacto, para nosotros es mandioca en remojo; los que nosotros vemos como una poza lodosa, los tapires ven como una gran casa ceremonial. (477-478, traducción propia)

Dentro del universo amazónico, donde los seres (las personas) son capaces de cambiar su forma física, la transformación o metamorfosis corporal es de alta importancia en las narrativas y discursos culturales, equivalente, en este sentido, a la conversión espiritual para las culturas occidentales. Sin embargo, el chamán es el único ser capaz de siempre transitar exitosamente entre las distintas especies; por tanto, le toca mantener relaciones diplomáticas entre los grupos. “Si el multiculturalismo occidental es relativismo como política pública”, concluye Viveiros de Castro, “el chamanismo perspectivista amerindio es multinaturalismo como política cósmica” (472).

El giro ontológico coincide con tendencias en la política latinoamericana que a su vez se ven reflejadas en los debates académicos, sobre todo la participación de movimientos sociales indígenas en la política nacional de los países de la zona andina —especialmente Bolivia y Ecuador— al comienzo del nuevo milenio. La antropóloga Marisol de la Cadena explica en un artículo muy citado (2010) los retos conceptuales producidos por la presencia, en la esfera política, de entidades conjuradas por políticos indígenas de aquellos países, las cuales De la Cadena denomina como “seres terrestres” (en inglés, *earth-beings*): la Pachamama y otras entidades sensibles, como las montañas¹³ (336). La autora presenta la posibilidad de que tal movilización represente “un intrigante momento de ruptura” de la Constitución Moderna señalada por Latour, la cual establece una separación rígida entre la esfera de la política y la de la ciencia, es decir, entre lo humano y lo natural. La intervención de De la Cadena se solapa con posiciones tomadas por investigadores situados en las humanidades ambientales —especialmente quienes trabajan sobre conceptualizaciones elaboradas por Latour o el filósofo francés Gilles Deleuze—, que también se empeñan en buscar modalidades alternativas a la separación de sujeto y objeto, humano y

13 “The conceptual challenges posed by the equally unusual presences, not of indigenous politicians, but of the entities (which I call ‘earth-beings’) they conjure to the political sphere”. [Traducción propia]

no humano, que orientan el pensamiento occidental desde Descartes en adelante. Entre ellas se cuentan los nuevos materialismos, el poshumanismo y el llamado giro vegetal.

Todas estas tendencias, que en la práctica de la crítica literaria a menudo confluyen y se enriquecen mutuamente, ofrecen nuevas respuestas, si bien parciales, a los retos interpretativos de *La vorágine*, especialmente al reto interpretativo que William E. Bull llamó “la actitud antropomórfica hacia la naturaleza” del narrador en primera persona, Arturo Cova (328). Aunque no son homogéneos, los preceptos y hasta el vocabulario ofrecido por Latour, Deleuze, Viveiros de Castro, De la Cadena y otros intelectuales asociados con los nuevos materialismos y el giro ontológico diferencian algunas de las obras más recientes de esta colección de sus predecesores. En “*La vorágine* como desmonte de la ‘materia prima’”, un extracto de su reciente libro *Things with a history*, Héctor Hoyos ofrece una fascinante y muy novedosa lectura de la novela de Rivera basada en el concepto de “materialismo transcultural”, que define como “el uso no instrumental de relatos y de un lenguaje literario para desestabilizar la divisoria entre la naturaleza y la cultura, [puede] afectar nuestra relación con las cosas y reevaluar nuestro lugar en el continuo de la historia humana y no humana” (188). Lesley Wylie, por su parte, en “Antropomorfismo, fitomorfismo y la conciencia ecológica en *La vorágine*” —adaptado por ella, para esta colección, de su libro *The poetics of plants*—, contrasta las tradicionales categorías retóricas de las culturas occidentales (antropomorfismo, prosopopeya) con la “fitopoética” de Rivera, la cual explica mediante la filosofía de Michael Marder y el pensamiento amazónico estudiado por Viveiros de Castro y otros. En “*La vorágine* y la línea fronteriza: Rivera en la comisión de límites entre Colombia y Venezuela”, un extracto de su libro *Mapping the Amazon: Literary geography after the rubber boom*, Amanda Smith nos recuerda la experiencia de Rivera como miembro de la comisión binacional encargado de investigar los dos países vecinos y sus secuelas en la obra más famosa del autor. Smith parte del supuesto compromiso de Rivera con la “ilusión cartográfica” para luego examinar su aparente renegación de ella a través del personaje de Clemente Silva, quien aprende a navegar la selva cuando abandona “su confianza en la representación geográfica” y se desprende de “su subjetividad humana”.

Además de las obras descritas, que incluyen textos nuevos y otros escritos recogidos de sus publicaciones iniciales, los editores académicos del volumen hemos comisionado contribuciones nuevas de tres investigadores afiliados con los países limítrofes cuyas historias, culturas y biomas también cruzan fronteras y se contaminan mutuamente con las de Colombia. De este modo, parte de las novedades que el volumen incluye son intervenciones en torno al impacto, las influencias y las reescrituras de *La vorágine* en Venezuela, Brasil y Perú. En realidad, es una novela que desborda el mapa colombiano, incorpora personajes

de muchas partes del mundo y toca el Llano; ciudades como San Fernando de Atabapo, Manaos e Iquitos, y personajes como el coronel venezolano Tomás Funes, el cauchero peruano Julio César Arana y variados caucheros y diplomáticos brasileños. Leopoldo Bernucci contribuye con “La recepción crítica de la obra de José Eustasio Rivera en el Brasil”, obra que refleja una cuidadosa investigación y contextualización de documentos de archivo y atestigua la muy cálida acogida que *La vorágine* recibió en el país vecino, así como el viaje de Rivera a Manaos. Para el caso peruano, Jorge Marcone aporta “*La vorágine* en el Perú: un aprendizaje desde sostenibilidades fracasadas y activismos fallidos”, sobre las vidas peruanas de la novela y el auge de la “novela de la selva” en ese país. Álvaro Contreras, como especialista en costumbrismo y modernismo venezolano, estéticas claves en la novela, ofrece “Rivera y Gallegos: las fronteras de la selva”, un ensayo sobre la presencia de Venezuela en la novela y en su construcción, así como sobre las lecturas, influencias y reescrituras de la novela en el imaginario cultural y novelístico venezolano.

La sección dedicada a la crítica literaria de hoy —“*La vorágine* a cien años”— tiene dos ensayos de pesquisa archivística mediante la cual se recuperan materiales inéditos que abren nuevos mundos para la crítica de la novela y la comprensión de su contexto. Nos referimos a los ensayos de Carmen Millán de Benavides, “Las bibliotecas de José Eustasio Rivera”, y de Camilo Páez Jaramillo, “Aquí más o menos termina el canto, mi dulce amado”, sobre los mapas que dibujó Rivera mientras trabajaba para la Comisión de Límites e investigaba para su novela. El de Millán se trata de un esfuerzo de establecer la biblioteca personal de José Eustasio Rivera con base en las colecciones ubicadas en instituciones colombianas, así como en el inventario de bienes producidos por funcionarios públicos tras la muerte repentina del poeta en Nueva York el 1.º de diciembre de 1928. Los documentos descritos en estas páginas —el inventario de bienes principalmente— son (si bien mórbidos) fascinantes, y al reproducirse resaltan la índole póstuma de la biblioteca neoyorquina, así como los planes y expectativas que el ambicioso autor cultivaba durante su estancia en Estados Unidos. El de Páez Jaramillo, por su parte, es casi el complemento vital del texto de Millán: rastrea los trazos cartográficos hechos por Rivera fuera de la biblioteca, en sus viajes por la región orinoco-amazónica para recolectar información para su novela y para sus intervenciones en prensa y en el Congreso sobre estos territorios del sur de Colombia.

Como editores académicos, esperamos que esta compilación, presentada al público en el año de la celebración del centenario de *La vorágine*, ayude a seguir reinterpretando la novela para ofrecernos renovadas maneras de entenderla y, a través suyo, de entendernos a nosotros mismos. Con el fin de inspirar a la nueva generación de lectores y facilitar su acceso a esta gran obra, cuya complejidad estructural y léxica es ampliamente comentada en el corpus crítico recogido

aquí, hemos incluido como apéndice un resumen detallado del argumento de *La vorágine*. Los editores somos docentes además de investigadores, y confiamos en que este modesto recurso pueda hacer la novela más comprensible a quienes estén conociéndola por primera vez sin quitarles el gusto de interpretar, sobre la marcha, una obra intrincada, sutil y sorprendente. Convencidos de que Rivera representa un alto valor de la cultura colombiana y latinoamericana y de que su texto es una fundamental intervención, muy actual, para dotar de sentido crítico las abigarradas relaciones entre el mundo humano y más que humano en tiempos de crisis climática, le damos la bienvenida, con esta contribución, a una nueva generación de lectores e investigadores riverianos en el comienzo del segundo centenario de la publicación de esta inabarcable novela.

Referencias

- Alonso, Carlos. *The Spanish American regional novel: modernity and autochthony*. Cambridge University Press, 1990.
- Arias Trujillo, Ricardo. *Los leopardos: una historia intelectual de los años 1920*. Universidad de los Andes, 2013.
- Barthes, Roland. “La muerte de un autor”. *El susurro del lenguaje*. Paidós, 1987.
- Beckman, Ericka. *Capital fictions: The literature of Latin America’s export age*. University of Minnesota Press, 2013.
- Benso, Silvia. “*La vorágine*: una novela de relatos”. *Thesaurus*, vol. xxx, núm. 2, 1975, pp. 271-290.
- Beverly, John. “El evento del latinoamericanismo: un mapa político-conceptual”. *La tradición teórico-crítica en América Latina: mapas y perspectivas*, Bonilla Artigas Editores, 2014.
- Bonilla, Manuel Antonio. “*La vorágine*”. *El Nuevo Tiempo Literario*, Tomo xv, núm. 44, 1927, pp. 744-745, https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161246.
- Brubaker, George. “Una ‘minoría excelente’: la generación del centenario y su impacto en la política colombiana”. *Universitas Humanística*, vol. 15, núm. 26, 1986, pp. 73-80.
- Bueno, Raúl. “Sentido y requerimientos de una teoría de las literaturas latinoamericanas”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. xv, núm. 29, 1989, pp. 295-307.
- Bull, William E. “Naturaleza y antropomorfismo en *La vorágine*”. En *La vorágine: textos críticos*. Compilación de Montserrat Ordóñez. Alianza Editorial, 1987, pp. 319-335.

- Caballero, Antonio. "La vorágine, José Eustasio Rivera". *Semana*, 22 de enero del 2014, <https://www.semana.com/impresas/especial-arcadia-100/articulo/arcadia-100-la-voragine-jose-eustasio-rivera/35017/>.
- Cadena, Marisol de la. "Indigenous cosmopolitics in the Andes: Conceptual reflections beyond 'politics'". *Cultural Anthropology*, vol. 25, núm. 2, 2010, pp. 334-370.
- Castro Gómez, Santiago. *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- Cornejo Polar, Antonio. "Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. XXV, núm. 50, 1999, pp. 9-12.
- Derrida, Jacques. *De la gramatología*. Siglo XXI Editores, 1986.
- Fernández Retamar, Roberto. "Calibán". *Pensamiento anticolonial de Nuestra América*, CLACSO, 2019.
- Foucault, Michel. "¿Qué es un autor?". *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales I*, Paidós, 1999.
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela latinoamericana*. Joaquín Mortiz, 1969.
- Glotfelty, Cheryll. "Introduction: Literary studies in an age of environmental crisis". *The Ecocritical Reader: Landmarks in Literary Ecology*, editado por Cheryll Glotfelty y Harold Fromm, University of Georgia, 1996, pp. xv-xxxvii.
- González Echevarría, Roberto. *The voice of the masters: Writing and authority in modern Latin American literature*. University of Texas, 1985.
- González-Stephan, Beatriz. "Prefacio". *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional: la historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Iberoamericana Editorial Verweurt, 2002.
- Green, Joan R. "La estructura del narrador y el modo narrativo de *La vorágine*". *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 2013, 1967, pp. 101-107.
- Harvey, David. *Justice, nature and the geography of difference*. Blackwell, 1996.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Traducido por Joaquín Díez-Canedo, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Holbraad, Martin y Morten Axel Pedersen. *The ontological turn: An anthropological exposition*. Cambridge University Press, 2017.
- Jiménez Panesso, David. *Historia de la crítica literaria en Colombia, 1850-1950*. Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Latour, Bruno. *We have never been modern*. Traducido por Catherine Porter, Harvard University Press, 1993.
- Molloy, Sylvia. "Contagio narrativo y gesticulación retórica en *La vorágine*". *La vorágine: textos críticos*, editado por Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987, pp. 489-513.

- Montoya, Pablo. "Contornos de la crítica literaria en Colombia". *Literatura: teoría, historia, crítica*, núm. 9, 2007, pp. 403-411.
- Muñoz, Catalina. *Los problemas de la raza en Colombia*. Universidad del Rosario, 2011.
- Neale-Silva, Eduardo. *Horizonte humano: vida de José Eustasio Rivera*. Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Nieto Caballero, Luis Eduardo. *Colombia joven*. Arboleda y Valencia, 1918.
- Ordóñez, Montserrat. "Nota preliminar". *La vorágine: textos críticos*, Alianza Editorial, 1987, pp. 13-25.
- Pachón Farías, Hilda Soledad. *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*. Colcultura, 1993.
- Páramo, Carlos y Roberto Franco. *La vorágine: exposición en la Biblioteca Nacional de Colombia, noviembre 2009 a marzo 2010*. Museo de Cultura, 2010.
- Peña Gutiérrez, Isaías. *Rivera: el visionario de la selva oscura*. Resplandor Editorial, 2019.
- Pérez Silva, Vicente. *Raíces históricas de "La vorágine"*. Príncipe Alpichaque, 1988.
- Pérus Cueva, Françoise. "Literatura y sociedad en América Latina (desde fines del XIX hasta el último tercio del XX): un proyecto de investigación". *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 36, núm. 4, 1974, pp. 869-875.
- Porras Collantes, Ernesto. "Hacia una interpretación estructural de *La vorágine*". *Thesaurus*, vol. XXIII, 1968, pp. 241-279.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial eyes: Travel writing and transculturation*. Routledge, 2008.
- Ramírez Gröbli, María del Pilar. *Paisajes sonoros del retorno: palma de aceite, despojo y culturas de paz en el postconflicto colombiano*. Iberoamericana Vervuert, 2020.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. CLACSO, 2021.
- Rincón, Carlos. "Hacia una teoría de la literatura latinoamericana". *Texto Crítico*, núm. 11, 1978, pp. 49-100.
- Rivera, José Eustasio. *La vorágine*. Edición de Montserrat Ordóñez, Cátedra, 1995.
- _____. "Las penetraciones peruanas en el Caquetá". *José Eustasio Rivera intelectual: textos y documentos 1912-1928*, editado por Hilda Soledad Pachón Farías, Universidad Surcolombiana, 1991.
- _____. "Contestación de José Eustasio Rivera a Luis Trigueros". En *La vorágine: textos críticos*. Compilación de Montserrat Ordóñez. Alianza Editorial, 1987, pp. 63-70.
- Rodó, José Enrique. *Ariel*. Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay, 2000.
- Ruiz, Marta. "La misma vorágine". *Semana*, 18 de octubre del 2006, <https://www.semana.com/la-misma-voragine/81496-3/>.

- Selgas, Gianfranco. "Volver al regionalismo latinoamericano". Introducción. *Regionalismo ensamblado: medioambiente, modernidad y reacción político-cultural en Latinoamérica (1930-1940)*, Stockholm University, 2022.
- Serje, Margarita. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Universidad de los Andes, 2005.
- Solano, Armando. "El deber de la nueva generación colombiana". *Revista Universidad*, 1927, pp. 17-21.
- Sommer, Doris. "El género deconstruido: cómo leer el canon a partir de *La vorágine*". *La vorágine: textos críticos*, editado por Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987, pp. 465-488.
- Tolima Total. "Manuel Antonio Bonilla". *Tolima Total*, sin fecha, <https://tolimatotal.com/bonilla-manuel-antonio-2/manuel-antonio-bonilla>.
- Torres Ríoseco, Arturo. *Grandes novelistas de la América Hispana*, Tomo I: *Los novelistas de la tierra*, University of California Press, 1941.
- _____. *La novela en la América Hispana*. University of California Press, 1939.
- Triana, Miguel. *Revista de Colombia: volumen del centenario*. Imprenta de J. Casis, 1910.
- "Una hora con José Eustasio Rivera". En *La vorágine: textos críticos*. Compilación de Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987, pp. 21-25.
- Villegas, Jorge y José Yunis. *La guerra de los Mil Días*. Carlos Valencia Editores, 1979.
- Viveiros de Castro, Eduardo. "Cosmological deixis and amerindian perspectivism". *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 4, núm. 3, 1998, pp. 469-488.
- Wegner, Phillip E. "Spatial criticism: Critical geography, space, place and textuality". *Introducing criticism at the 21st century*, editado por Julian Wolfreys, Edinburgh University Press, 2002, pp. 179-220.